

# SECH

AÑO III ENERO DE 1939 N.º 9.

Edición de la Universidad de Chile

**Manuel Guerrero Rodríguez**, *Chana y lo desconocido.*

**Miguel Ángel Vega Morales**, *Españolismo de la literatura escrita en Chile en los siglos XVI, XVII y XVIII. Ensayo de interpretación histórico-literaria.*

**Tomás Lago**, *Vicuña Mackenna en California. Tránsito de la vida colonial al mundo moderno.*

REVISTA DE LA  
SOCIEDAD DE ES-  
CRITORES DE CHILE

Director:

M A N U E L R O J A S

Dirección:

Clasificador E. 370. Santiago.

## Chana y lo desconocido

P O R

MANUEL GUERRERO RODRÍGUEZ (1)

El cuerpo y el espíritu de Eulogia tiritaban bajo las oleadas de fuego, con las que la fiebré le reseca los labios y la garganta. Poco a poco, durante todo el día, había ido sintiendo la angustiada llegada del minuto terrible en que daría a luz. Como todas las campesinas, sin expresar el dolor que les producían los pinchazos que sentía en su vientre abultado, realizó todas sus labores domésticas. Sabía que parir es un trance doloroso y que la vida se puede ir ante cualquier mal manejo de la partera. Tenía tres criaturas, las que, después de haberle ocasionado intensos dolores, la ayudaban ahora en el cuidado de los chanchos y de las aves, y la mayor en los quehaceres de casa, después que llegaba de las lomas, en donde permanecía todo el día trabajando para «las casas».

Obscurecía ya cuando llegó Chana, su chiquilla de quince años. Una pollera gris le cubría un conjunto de huesos desaparejos. En medio de la cara enjuta y quemada por el sol, tenía una nariz gruesa y chata, dos ojos chicos, cuyas pupilas quietas y mansas semejaban dos estrellas lejanas, prendidas en el nubarrón formado por un mechón de cabellos que le caía en desorden por la frente. Dos labios gruesos y sueltos, anteponiéndose grotescos a dos hileras de dientes blancos y sanísimos, daban rara conformación a la amplia boca. Siempre descalza, había podido cultivar sin tropiezos el crecimiento de sus pies, anchos y planos como las paletas de los aradcs.

—¿Llegaste, Chana?... Yo me voy a enfermar... Me duele todo el cuerpo.

No vió el rostro de Eulogia porque ya era de noche. Había negras nubes en el cielo y ya estaba por apagarse la luz que despedían las llamas de la fogata que ardía en medio del patio, frente a la entrada de la choza.

(1) Este cuento fué presentado al reciente concurso de cuentos de «El Mercurio» y obtuvo el segundo premio. No fué publicado por ese diario. Su título original era: «El parto».

No contestó absolutamente nada; siguió llevando objetos para la única pieza del rancho.

Cuando avisó que se iría a acostar, la voz de la mujer era ahora extraña. Chana sintió que las últimas palabras le golpearon el pecho, pero no dijo más que:

—Bueno, mamita... Y continuó en sus quehaceres.

Eulogía entró al rancho fatigada por los dolores que, en aumento, la acribillaban más y más. Dentro de la pieza todo estaba negro. Tentó los trastos de su cama y se tendió cubriéndose con una manta raída. De debajo del colchón sacó un trapo con el que se amarró la cabeza; y así quedó quieta, abrasada por la fiebre. Chana, mientras tanto, continuó trayendo y llevando tiestos; las otras dos pequeñas dormitaban junto a la fogata.

Fuera, la noche seguía oscura y el viento traía y despedazaba ruidos. El mundo todo parecía estar sumido en profunda meditación, sujetando su marcha en medio del campo invadido por las sombras.

—Chana...

—Mamita...

—Trae leña y hace fuego aquí en la pieza... No hay luz...

Se acabó la parafina para el «choncho»...

Muda siempre, la chicuela ejecutó el mandato; trasladó hacia el interior las pocas brasas que quedaban en la fogata, y arrimando leña logró entonar un poco el calor y alumbrar un tanto la pieza. Las columnas de humo juguetearon ridículamente por entre los rincones plagados de telarañas. En un extremo del cuarto, al lado del muro que colindaba con el chiquero, estaba el camastro en donde reposaba la enferma. Junto al toco madero, que apenas sostenía un grueso colchón y una manta, tendidos en el suelo había unos cuantos pellejos en donde dormían Chana y sus hermanitas. Una montura, lazos, yugos rotos, espuelas y aperos de labranza diseminados en desorden, daban rara fisonomía al cuarto deslucido. Habiendo terminado su labor, después de haber introducido entre los pellejos los cuerpos de las pequeñas, la muchacha se sentó junto al fuego y sumió la cabeza entre sus manos. Eulogía, sin poder contener los dolores, gemía con voz entrecortada. Extraños aullidos salíanle desde el fondo de su cuerpo invadido por la fiebre. Apenas pudo pedir a la muchacha que colocara a calentar un tiesto con agua.

Hacia el interior de aquel mundo pequeño, encerrado en la pieza de aquel rancho metido en una gran hacienda chilena, no llegaban más que los ruidos volteados por el Norte, que rugía por entre las ramas del techo. El silencio de adentro, el brillar del fuego, las quejas de la mujer, el suave respirar de las dos muchachitas, su propio cansancio, hacían pensar a Chana. Su cabeza estaba llena de locos e hirientes relámpagos; eran

pedradas que le herían las sienes hasta hacerla padecer, siempre en silencio. Miró hacia el camastro y vio a su madre que, con la boca entreabierta, respiraba con dificultad. No sabía la chiquilla si era rabia o pena lo que le inspiraba su madre. Dentro de su corazón sentía el alarido de un perro que la mordía con dientes invisibles y que la mojaba con lágrimas que no podía secar. Ejecutaba siempre en silencio todas las labores que le habían asignado desde pequeña; jamás conversaba con su madre sobre sus alegrías o sobre sus penas. El rancho de sus mayores, situado en el linde Sur de la gran hacienda, estaba aislado del centro de la actividad campesina, en donde el hablar de los muchachos, de las mujeres y de los hombres hacen saber cosas que pasan en el mundo. Pero allí, en aquel retiro, nunca supo comprender lo que la demás gente decía comprender. El tiempo que permanecía en su trabajo, se aislaba como en su rancho. Huía lejos, muy lejos de todos. Pero en aquel instante sus ojos parecían querer ver algo que no estaba en su conocimiento, y sus sentidos, dilatados por la espera de ese algo grande como los cerros, como el Cañumangui, o como las viñas que bordean el Itata, la devoraban de curiosidad y de mortificante desesperación. Sin poder contenerse más se levantó y dijo, sin saber si su madre la oiría:

—¿Qué hubo, señora? ¿No puede decir lo que le pasa?... Se lo lleva gimiendo y gimiendo...

No era voz humana. La enferma creyó que el demonio rondaría por la pieza negra; parecía verlo convertido en Chana: huesudo, mugriento, con los cabellos en desorden. Cerró los ojos, se mordió su queja dolorosa, y contestó después de un rato:

—Estoy enferma... Muy enferma... Voy a tener un chiquillo...

Lo dijo compasivamente; no se dió cuenta de cómo le salieron las palabras. Quizás ni se acordó si dijo algo; pero Chana sintió que su madre dijo «enferma», y recordó que los dolores molestan a las personas. Lo que había sucedido se le borró de la mente. En su cerebro estúpido no quedó más que la luz de una gran compasión que, a medida de agrandarse, le fué consumiendo las fuerzas hasta convertir su cuerpo en un manojo de lana. Se hizo un ovillo en el suelo, y rompió a llorar amargamente. Eulogía sintió pena, pena de madre campesina, pena de bestia mansa y torpe. Hubiera deseado abrazar a su chicuela feúcha y hedionda como su cuarto. Sólo pudo extender una mano que ardía por la fiebre y pasársela por los cabellos erizados. Mirando al techo atravesado por vigas ennegrecidas por el humo, decía con voz sofocante:

—Estoy enferma... Muy enferma... Voy a tener un chiquillo... Tú lo vas a ver. La mujer sufre mucho cuando va a parir... Dicen que también se puede morir entre los dolores... Tu padre no ha llegado de los barbechos... Dijo



que llegaría por ayer; cinco días son muy largos... No hay quien vaya a buscar a la partera... No hay quien vaya a buscar a doña Clema... Pero yo creo que ya no sirve; está muy vieja... Yo no sé qué voy a hacer si tu padre no llega... Hay que tener agua caliente... ¡Ay!... Me duele todo el cuerpo... Pero más me duelen la cabeza y la cintura... Tengo la boca reseca, pero no es para asustarse tanto... Los animales paren solos... Dicen que a veces las mujeres también paren solas; pero sufrirán más, mucho más... ¡Ay!... Se me mueve el chiquillo adentro del vientre... y me duele hasta más no poder... Páseme agüita, Chana...

Como aletargada, la muchacha buscó agua y la dió a beber a su madre. Ya no sentía los mismos disturbios de antes. Su corazón se había desprendido y soltando las lágrimas pudo lavar toda su porquería. Ahora pensaba solamente en servir a la enferma; no halló cómo decirle algo que se le había ocurrido. Sin embargo, se lo manifestó al cuarto para que ella lo escuchara:

—Yo podría ir donde mi tía...

—No, Chana... Es muy de noche...

Se quedaron tranquilas, como antes: la enferma mordía sus quejas y la muchacha calentaba sus huesos sentada en un tronco a la orilla de la fogata que, miserablemente, convidaba ya muy poco calor. Hizo un nuevo amontonamiento de ramas que fueron enredando sus llamas hasta convertirse en una gruesa y balanceante lengua toja. Al cabo de un rato, Eulogia se incorporó en el lecho y gritó a la chicuela:

—¡Ya no aguanto más!... Parece que ya lo voy a tener...

Copioso sudor le corría por el rostro, y los ojos, inmensamente abiertos, le daban la expresión de una tragedia insuperable.

—¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!... Taitita Dios querido... ¡Ten piedad de mí!... ¡Que llegue luego mi Jochepé!...

Se retorció apretándose el vientre con ambas manos. Chana se levantó compungida y aterrada. Sus pupilas corrían locas alrededor de la estrechez de la pieza, como buscando algo que no podía saber qué, para dar a su madre como remedio para sus males. Se tendió de nuevo la mujer y siguió soltando gemidos. La muchacha le pasó un trapo por la cara para empañarle la transpiración.

—Chana—ordenó la enferma—. Trae el lazo de tu taita. ¿Lo tienes ahí? Tíralo por la viga y me pasas las puntas.

Atontada siempre, Chana recogió de un rincón el lazo con que su padre atrapaba las bestias en los amplios potreros de la hacienda, y subiéndose a la cama pasó por la baja viga un extremo de la larga tira de cuero encebado. En seguida, entregó a su madre las puntas de la cuerda. La muchacha, sin atreverse a preguntar el por qué de esa extraña ocurrencia de Eulogia, miró muda cuando ésta, haciendo la «armada»,

la pasó por sus hombros y la apretó fuertemente bajo las axilas. Después quedóse nuevamente tranquila, tendida de espaldas, lanzando ayes de dolor y clamando a los santos y a Dios por su pronta mejoría. Chana no volvía de su asombro; tuvo rasos presentimientos. Se le imaginó que su madre se mataría, o que trataría de matar al chiquillo que decía tener dentro de su vientre o que haría cualquiera otra barbaridad, propia de las enfermas que enloquecen. Sin pronunciar palabra, mortificándole el corazón por tantos sufrimientos inexplicables, sin tener otra divisa fuera de buscar alguna persona «mayor» que se hiciera cargo de la enferma, salió hacia el campo negro y tomó el camino del caserío. Su espíritu no había despertado aun de su grande y tenebrosa pesadilla, cuando sintió los gritos con que la llamaba su madre y los ruidos que se balanceaban por encima de su cabeza. Quedóse un momento extática en el comienzo del camino que llevaba al faldeo, en dirección al Itata. Miró hacia atrás y gracias a la débil luz que emanaba de un tajo producido por el Norte en los gruesos nubarrones, pudo distinguir la silueta del rancho. Intentó volver, pero atrayéndola el deseo de buscar un socorro para la enferma, ya a tientas o utilizando el conocimiento que tenía sobre el terreno, se dirigió hacia el Noroeste, desde donde llegaban los graznidos de los pájaros nocturnos y el aullido del lobo, un raro y estridente alarido que ejecutaba el viento al pasar por entre una cueva formada por dos grandes peñascos a la orilla del río. En aquella guarida, por donde ella tenía que pasar, se alojaba la Candelaria, la bruja del Cañumanguí. Era una vieja que nadie conocía, pero que se alejaba cada tres noches de su vivienda que, durante años y años, mantenía oculta en un lugar cubierto de ñipas, allá en el Cañumanguí, el gran cerro que es señor de toda una comarca.

Los pies descalzos de la muchacha chicoteaban la arena del caminillo. Crujían los pequeños guijarros bajo sus plantas callosas. Las pupilas, en eterno acecho, escudriñaban el frente, sin atreverse a interpretar el origen de las sombras más destacadas. Bien podría ser alguna el cuerpo horrible de la vieja Candelaria. ¿Qué le diría si se encontraba con ella? ¿La mataría sin piedad, o la convertiría en perro, gato, zorro, o la tornaría idiota o loca? Respiraba con dificultad. Algo le saltaba dentro de la garganta. No podía tragar saliva. Así anduvo un largo trecho. Al llegar al faldeo divisó de pronto el resplandor eterno de las aguas del Itata. Parecía que el río, a pesar de la obscuridad de la noche, conservaba en su fondo una lámpara que jamás se apagaba. Dobló hacia la derecha y siguió por la ribera. Allí las piedras la mortificaron, pero más que el dolor recibido en las plantas de los pies, la preocupaba la pasada por la cueva. Sin querer miró hacia la izquierda y pudo distinguir apenas el contorno del Cañumanguí. Los demás cerros que lo escoltan habían desaparecido entre las

sombras. Para desviar el miedo que la acogotaba, que la es-  
trujaba lentamente en un abrazo de hielo que la hacía trans-  
pirar, canturreó frases sueltas, sin sentido. Sólo la noche  
la escuchó entonar una estrofa campera. Recordó, de pron-  
to, las quejas de su madre y el objeto de su andar por el campo  
a esas horas. Por eso canturreó :

—Yo voy a buscar a mi tía... mi mamita está enferma...  
va a tener una cría...

No era entonación musical ni palabras de sentimiento las  
que pronunciaba. El miedo le ordenó el giro de su cantar.  
Y más temerosa que nunca dirigió sus pasos hacia la cueva  
de la bruja. Podía percibir con toda claridad los aullidos que  
se escapaban por entre los peñascos. Cientos de lobos vagaban  
por entre el enmarañamiento de sombras. Temblábanle las  
piernas y por su espalda flacucha corríale algo así como un  
canal de agua helada. Escarbaba con sus pupilas el resto del  
camino. No podía distinguir más que una pequeñísima cla-  
ridad salida del río. Se detuvo a pocos pasos de la cueva y miró  
hacia todos lados, como si su instinto buscara alguna escapa-  
toria. Pero no había otro remedio. Tendría que pasar. Rean-  
udó su marcha, pero con más cautela. El rumor de las aguas  
del Itata se agrandaba en el silencio : crecía y crecía hasta atur-  
dir. Al entrar a la cueva sintió el abrazo de una oleada fría  
y húmeda. Era el aliento invisible de la vieja Candelaria. Tuvo  
vértigos, pero continuó andando para demostrar a la bruja  
que ella no tenía miedo.

—¡Animas benditas!... Que no me salga... Yo soy  
bien buena con ella... La conozco... Pero ahora no la quiero  
ver... ¡Animas benditas!... Yo no le hago mal a nadie...

La pobre muchacha repetía mil veces las mismas peticiones.  
La voz era el contenido de su espíritu dominado por el miedo.  
Al salir de los peñascos una nueva oleada fría le cruzó el rostro.  
Extrañada de estar viva reanudó el reconocimiento del terreno;  
pero no se atrevió a mirar hacia atrás. Alguien que no veía  
y a quien no deseaba ver la sujetaba por las faldas y le des-  
viaba la mirada. Cuando subía el pequeño barranco por donde  
debía tomar el camino que la llevaría hasta Confluencia vio,  
hacia la izquierda—debía ser muy cerca del puente de Nueva  
Aldea—una luz que parecía trizarse para salir de un encierro.  
Supuso que el pescador estaba despierto. Al darse cuenta de  
que podría ver a alguien antes que llegara al poblado, olvidó  
todo. Una chispa loca la agitó dentro de su propio fuego.  
Estando sola en el campo, y al ver aquella luz que parecía lla-  
marla desde su prisión, sintió más miedo. El vértigo era ahora  
distinto; el demonio de la soledad no la sujetaba entre sus bra-  
zos de sombras sino que la impulsaba a correr por el caminito  
que la llevaría hasta la ramada de Peirucho, el pescador. Ra-  
chas de inmensa pasión por ver a una persona cualquiera, a  
cualquier ser, de martirizar o dulcificar sus miembros sacu-

didos por el sufrimiento, empezaron a remover sus impulsos.  
Sin acordarse de nada corrió hacia la ranchara. Las ramas de  
los litres la golpeaban en las piernas y en el rostro. A ratos  
desaparecían las hilachas de luz que jugueteaban por entre  
la empalizada de la ranchara. El río seguía sonando con más  
fuerza. Y al frente, siempre hacia la izquierda, el Cañumanguí  
continuaba exótico y majestuoso. Al entrar la chiquilla a  
la parte arenosa de la ribera, agradeció la limpieza cariñosa  
que la humedad le pasaba por la planta de sus pies mortifica-  
dos. Sin dejar de correr, entró sorpresivamente. No se asustó  
al constatar el asombro de Peirucho. El pescador, sentado  
en su camastro, compuesto de una estera y de unos cuantos  
sacos, estiraba la luz de sus pupilas que, negras e inquietas,  
se movían entre el enmarañamiento de las cejas. La muchacha  
continuó urgando el interior con su mirada preñada de extravío;  
no atinaba a entrar o a irse : contemplaba y contemplaba.

—Entre no más—invitó el hombre, después que se hubo  
repetido del primer instante de asombro.

Chana, sin saborear el significado de las palabras, pasó  
más adelante. Buscando vida, metió sus manos en las llamas  
de la fogata que ardía en medio de la ranchara, como si inten-  
tara atraparlas. Al contacto con el calor sintió más ánimo  
y se puso contenta. Peirucho bajó del camastro y le acercó  
un tronco para que se sentara junto a la fogata. Ella lo miró  
y no le detestó su figura, aunque era negro y tenía muchos pelos  
en la barba. Por decir algo, Peirucho le preguntó :

—¿Cómo te llamas?...

—Me dicen Chana...

—Lo mismo da Chana que Juana...

Y rieron. La muchacha, fuera de reír, se restregó las pier-  
nas con sus manos huesudas. El la continuó mirando largo  
rato. Intentaba preguntarle de dónde había salido, mas ella  
no le dio oportunidad, pues se tornó seria, aunque no enojada.  
Y como vio que tiritaba, la invitó a recostarse en el camastro.  
Sin contestar, Chana se levantó y se tendió entre los sacos.  
La luz de las llamas le dio en la mitad del rostro. Peirucho  
la continuó contemplando, y al constatar la realidad de la pre-  
sencia de la muchacha, su cerebro se llenó de pensamientos.  
Durante los largos años que llevaba como pescador, jamás  
había aparecido una chicuela a aquellas horas por esos lugares.  
Solamente en el día venían algunas, aunque nunca solas, a  
comprar truchas y salmones. Dedicado a extraer del Itata  
los peces que vendía en los alrededores, su vida no había tenido  
más brillo que el que le daban la soledad y las preocupaciones  
propias del oficio. Hasiado de su rutina, siempre ansiaba  
que una mujer cualquiera viniera a ocupar un lugar en su ran-  
chara. Las campesinas de Confluencia al Sur le convidaban  
de vez en cuando de sus sonrisas. Una que otra vez, a hurta-  
dillas, cumplía con sus deberes de macho, pero nunca había



conseguido el cariño de una mujer que fuera sólo suya. Nunca pensó en que podría ser fea o bonita. Lo importante estaba en que se comprometiera a compartir con él toda su existencia. El le podría enseñar los secretos de su trabajo; ella le haría de comer y también podría acompañarlo a recorrer las «nasas». Entonces construiría para ella una rancha mejor, o bien le instalaría un puesto de venta de pescado en el caserío. Ganarían bastante dinero y después se irían a Chillán, en donde establecerían un taller de compostura de calzado. Había aprendido el oficio mientras estuvo en la cárcel, cumpliendo una pequeña condena por habersele sorprendido matando peces con dinamita.

Suspiró de pronto la muchacha y restregó su cuerpo en el camastro. Peirucho le preguntó si la cubría con los sacos. Ella lo miró y por razones que no podía precisar deseó abrazarse a su cuello. Se sentía bien cerca de ese hombre desconocido. Estiró una mano y temblorosa la pasó por la ruda mano del hombre.

—Tiene los pelos tiesos como los míos—le dijo.

Rió Peirucho. Quieta la muchacha buscó con sus pupilas las de él, y se las enterró juguetonamente mansas. Ambos, prendidos en una mirada íntegra y sin reservas, se convidaron miel de sus ojos, claros y limpios de tanto mirar agua y pasto verde. Medio triste, medio rezongón, habló Peirucho:

—Tú llegaste a la rancha de noche, sin que nadie te llamara. ¿No es así? Bueno, así llegan las cosas que se pueden ir cualquier día. Nadie las grita y nadie las echa... Entonces, se van por sí solas...

La muchacha tampoco lo comprendió, pero él siguió hablando como si se dirigiera a una sola persona, aunque no la miraba a ella:

—Cuando hago nasas y nasas para que caigan los pescados, entonces todo queda tranquilo, aquí adentro—. Y señaló el lugar en donde tenía su corazón—. Pero cuando veo llegar a alguien a quien no le he preparado la caída, entonces, no me atrevo a tomarla como a los pescados... Aunque no me falten deseos para hacerlo...

Chana escuchaba solamente el sonido de la voz del hombre, porque las palabras nada le supieron decir. Cuando él pronunció «entonces», ella recordó haber oído muchos cuentos en donde aparecía esa palabra. Después que Peirucho hubo dicho varias otras cosas, ella quedó siempre quieta, y él calló, quedando también muy tranquilo. Mientras tanto, entre las ramas de la rancha siguieron enredándose miles de voces y rugían corriendo como si las espantaran. Las aguas del río, en su murmullo interminable, decían cosas que nadie hubiera podido interpretar... La noche, la muchacha, el rumor del río, el bramar del viento, penetraban misteriosamente al espíritu inmenso del hombre. Sentía ganas de llorar y de cantar.

Lo imprevisto de la llegada de Chana rezongaba sin lástima dentro de su pecho amplio y sencillo como su trabajo, como su vida toda. Después de volverla a mirar intentó tocar sus piernas con su mano gordota y tosca. Los ojos de la muchacha nada decían. Sintió lástima y anuló su intento.

—Chana... ¿Te has metido con algún hombre?...

Le pareció dura la pregunta después de haberla hecho, y quedóse tranquilo para escuchar la respuesta que no llegó nunca. Chana sólo se estiró en el camastro y se sobó inconscientemente su cadera huesuda. Pero cuando la preguntó si se acostaba con él, la muchacha le puso una mano sobre la suya. Peirucho lamentó el dejarse dominar por su instinto. Se acercó más y más a la muchacha y la estrechó suavemente, y después muy fuerte sobre su pecho robusto. Chana también lo abrazó y le restregó su cara por la barba. Visiones desconocidas saludaban ahora su corazón inquieto. Olvidada de todo se dejó acariciar por el pescador. Nerviosa, revolvió sus huesos sobre los sacos. El hombre, sin desear hacerla sufrir como a las truchas que llegaban a sus manos, quedaba boquiabierto, mirándola ya en la frente o en los ojos, y parecía no ansiar el rompimiento de ese encanto, de ese acercamiento que, en el momento que él lo quisiera, podría hacer llegar a la cúspide.

La noche seguía haciendo sonar las cuerdas de su guitarra invisible, introduciendo en su alma negra un melodioso y salvaje ritmo que, en unión al producido por las aguas del Itata, orquestaba una canción violenta en sentimientos y en armonías. Poco a poco, adentrándose en el cajón formado por el cauce del río, desde el Poniente, comenzó a sentirse el graznar de una locomotora. Calló un instante el suspirar de la gran máquina que, haciendo caso omiso de la soledad, se aventuraba a transportar al hombre por entre el laberinto de cerros que bordean la costa. Y nuevamente, y con toda perfección, se sintió el ruido de la locomotora al entrar en el puente de Nueva Aldea. La rancha del pescador recogió el aullido de la máquina al pasar, en los altos, hacia Confluencia. Un largo pitazo acható el rostro moreno de la noche.

Al sentir el estruendo de hierro de los vagones, Chana se sobrecogió. Igual que bestia herida por algún lanzaso, revolvió sus huesos y los puso en lucha para zafarse de las manos de Peirucho. Gritó fuerte, y el hombre, asustado y compungido, se fué a un rincón. Saltó la muchacha y lloró semitenidida en el suelo.

—Mamita—gemía—. Yo no tengo la culpa... Me embrujó la vieja Candelaria. Perdí los sentidos, pero no he hecho nada malo. El pescador es buen hombre.

Peirucho se puso al lado de la muchacha, la quedó mirando y la encontró repugnantemente lastimosa recostada en el suelo; de buenas ganas la abrazaría como a una hermana. Ni por un momento pensó disfrutar de ella sin su consentimiento.

La tomó por los hombros y la levantó usando toda la suavidad que guardaba en su espíritu sano.

—No me tengas miedo— le dijo —. Siéntate. Podrías decirme qué te ha pasado esta noche. Somos amigos...

Se enterneció el pescador, y también derramó algunas lágrimas que la muchacha no vió. Y Chana, entre sollozos, le dijo la enfermedad de su madre, sus apuros al encontrarse sola con ella, el miedo del trayecto. Comprendió Peirucho la pena de la chicuela y se dispuso a acompañarla hasta su rancho. Le echó un saco sobre los hombros, y tomando una botella que guardaba bajo su cama, salió a la ribera. Riendo a ratos, y otros en silencio, pasaron la cueva de la bruja Candelaria, atravesaron el litral. Cerca ya del rancho, la muchacha tomó la delantera. Su instinto filial la empujó hasta hacerla correr. Al llegar al patio sintió los lamentos de Eulogia. Entró sin hacer ruido.

—¿Dónde te fuiste, mi Chanita?... Casi me he muerto... ¿Con quién vienes?...

—Es Peirucho, el pescador...

—No hable mucho, señora... Yo la voy a ayudar... Esta no va a ser la primera vez... Soy bien «baqueano» para cortar ombligos... Me acuerdo que allá en los cerros no había mujer que no quisiera parir en mis manos... ¡Ah!... Ya está lista para colgarla... Yo uso la misma manera...

Todo lo dijo de una sola vez. Se hizo dueño de la situación. Mandó a Chana a reavivar la fogata y a limpiar la palangana. La muchacha volvió a ocupar su papel casero y, en pocos segundos, todo estuvo listo. A instancias de Eulogia, sacó unos cuantos trapos raídos, pero limpios, de una gran caja.

—Estos son los paños... Ahí está el fajero... Esa colorada es la mantilla... Por ahí dentro hay una cuchara chica, nueva, es de lata... Es para el ombligo... Laméntese no más, señora... Yo me haré cargo de todo... ¡Ah! Los pañales, el fajero, la mantilla, la camisita, la gorra, y ¡qué gorra!... y la cuchara de lata... Falta el fajuelo... Esto es muy fácil... ¿Hay vela?... ¿No? Bueno... ¿Y choncho?... ¿Tampoco?... En fin, que no falten las llamas... hartas llamas...

Comunicaba todos sus pensamientos con rapidez y claridad. Era un verdadero «meico» del campo. No necesitaba salas bien tenidas para obrar. La costumbre y la necesidad le habían enseñado a utilizar cualquier lugar y cualquier medio. La importancia estaba en que la mujer pariera. Lo demás no valía. Todo eso lo aseguró de un tirón. Chana veía en él a un ser grande. Largo rato pasó antes de que se diera cuenta de que lo miraba mucho, más de lo necesario. Se avergonzó sola, y lo ocultó saliendo a enterrarse en lo negro de la noche.

Peirucho dió a beber a Eulogia el contenido de su botella. Después de apurarlo, la mujer dijo que era buen vino.

—Ni más ni menos que un filo—aseguró el pescador—. Y es del bueno... Así, de medio filo, los dolores apenas se sienten... ¡Chana!... ¡Chana!... ¿Tienen gallinas?... Y bueno, entonces... ¿Qué hace que no mata una?... ¿Que las tienen para conserva?... Aquí no se ahorra nada... Y doctoralmente señaló:— La vida de un pollo o de una gallina vale menos que la de una mujer...

—Ya estoy de medio filo ya—aseguró la enferma—. Eso sí que estoy sudando... La lama me raspa las piernas... ¿Sabe?... Fíjese que el chiquillo se tambalea adentro... A lo mejor se curó... Con tal que no salga como su padre...

Eulogia pudo reír entre los dolores. La muchacha trajo un pollo muerto por sus manos, se lo entregó al pescador, quien peló y despedazó el ave entre dichos y dichos. Hablaba como si recién comenzara a hacerlo. Se sentía bien entre aquella gente, campesina y miserable como él. Saboreaba hasta el delirio el roce de su conversación con los objetos raídos y sucios. Comprendía perfectamente bien que la bondad era madre de las gentes de aquellos contornos. Siempre que anduvo errante por los campos, se encontró con familias que muchas veces no tenían nada qué comer, pero que, sin embargo, daban al hambriento lo que podían. No había egoísmos ni raras composturas. Allí aprendió a desenvolverse como un verdadero campesino, a hacer vida mansa y a extender la mano con algo cuando alguien solicitaba una ayuda. Su vida toda estaba enredada entre ellos. Como pescador mantenía más roce con los habitantes de la ciudad y de los poblados vecinos. Pero a pesar de la vestimenta y de las buenas conversaciones, no daba un solo hombre del campo por cien de la ciudad. Por esta razón, cifraba sus esperanzas en poder algún día enamorar a una campesina y vivir con ella hasta la muerte. Miró a Chana y la encontró asquerosa y mugrienta. Sin embargo, sonrió hacia su interior y pensó que el agua del Itata y el sol de la orilla le harían muy bien. Además, hartos porotos para engordar la pierna y bastante pescado para que aprendiera a saborear lo bueno de la vida.

—Don Peirucho — llamó Eulogia —. ¿Faltarán mucho para que aclare?

—Midiendo bien el tiempo, creo que no ha de tardar... Cuando salimos Chana y yo de la ranca pasó el tren de diez y media, el pasajero de Chillán. A todo esto deben haber corrido unas cuatro horas. Entonces, deben ser las dos y media o tres de la madrugada. No es tan tarde que digamos. Lo que tiene que hacer usted es quejarse tranquila y no hablar mucho, porque de lo contrario se le ahoga el chiquillo...

—¡Ay! no, por Dios — protestó la enferma y siguió los consejos de su médico.

Desde cuando Peirucho dijo tren, Chana se dedicó a trazar raras líneas en la ceniza. El pescador la miró de reojo y com-



prendió lo que pasaba dentro de su espíritu. La respetó y creyó más conveniente callar.

Las dos muchachitas se revolían entre los pellejos y rasaban sus cuerpecitos anudados en friolento abrazo, estremeciéndose a los pinchazos de las pulgas y quizá de qué otros bichos. Todo el silencio era absorbido por el gemir de Eulogia. Se desparramó por la pieza la inquietante desmoralización que sufrió Chana. A la muchacha se le fueron agrandando los deseos de huír nuevamente por el campo; pensó en la choza de Peirucho y concretó más su ansia de que alguien la acariciara o la hiciera sufrir, pero violentamente. Rabiosa pena la acongojaba. A pesar de que la presencia del pescador la hacía sentirse más segura en el rancho de sus mayores, su espíritu huía por la extensión infinita de los viñedos y de los barbechos. Acostumbrada a pasarse todo el día fuera del hogar, no la tenían en él ni las enfermedades de los suyos ni la alegría lejana que, de tarde en tarde, con ocasión de celebrarse algún santo, se arrimaba a ese lugarejo apartado de la hacienda. Sin pensar definitivamente en algo, se levantó bruscamente y salió. Comenzaba el cielo a teñirse más de negro; ya no era posible distinguir nada. Peirucho permaneció junto a la fogata, pensando en la tragedia de aquella familia, en el dueño de casa ausente, en su vida. Lo tétrico de los colores que jugueteaban en su mundo interior lo lanzaron en seguimiento de la pequeña campesina. Ansiaba estrechar su miseria con la de ella porque comprendía que el sufrimiento une, como la niebla a la obscuridad.

La encontró arrinconada en el costado Sur del rancho. Gimiendo, hablaba sin referirse a nada concreto. Cuando se dió cuenta de su presencia se abrazó a su cuello y rompió a llorar largamente. El la estrechó entregándole todo su pecho. Así, sin decirse palabra alguna, sobre el suelo húmedo y desnudo la hizo suya.

La muchacha recogió todo su dolor carnal en el éxtasis, en la arrogancia del momento que supo vivir. Su espíritu, en aquella noche ruin y miserable, aunque sin bellezas ni adornos, comprendió el agridulce sabor de lo desconocido. Derramó gruesas lágrimas junto al hombre que le enseñó un nuevo camino. No amparaba dentro de sí más que la satisfacción de haber vuelto a una realidad extraña, a esa realidad opaca y sin sentido que le habían dejado en su ser ignorante todos los actos irresponsables de su existencia aporreada y estrecha. Volvía a sentirse amarrada a sus padres, a su rancho, a su trabajo, a las bestias y a sus quehaceres. Pero desde aquel minuto terriblemente imborrable había aprendido a unirse a otro ser, a convidar su amargura adolescente y bestial. Se levantó, se secó las lágrimas, se sacudió como un perro que se ha enfangado, y volvió al lado de su madre. Peirucho la siguió. Le cegó la luz de las llamas. Miró a Eulogia, y no

comprendiendo si sería justo llorar o reír en ese momento, su boca se adueñó de una mueca estúpida. Nuevamente se sentó junto a la fogata y comenzó a rememorar lo que había sucedido. La enferma se revolía en su lecho. Castañeteaban sus dientes mientras el sudor le bañaba el rostro.

—Don Peirucho... Creo que me va llegando — llamé an gustiada.

El pescador se acercó a ella, ordenó a Chana que preparara la palangana y que trajera agua fría para temperar el baño que darían al recién nacido. Obedeció la muchacha, pero ahora con más satisfacción. La voz del hombre sonaba en su oído como una orden gigante y de importancia.

La enferma retorciase en el lecho, cuando Peirucho se quitó el paletó y lo tiró a un rincón. Hacía lo mismo cuando mataba chanchos.

—En cuanto diga usted... Todo está listo... Yo creo que el vino fué poco...

—No, don Peirucho. Si estoy bien curada...

—¿La levanto, ya?... Bueno... Pero no grite tan fuerte... Estire los brazos... Pésquese lo mejor que pueda... El lazo es refirme... A ver... Deje arreglarle la armada...

Mientras hablaba, el pescador tiró del lazo y levantó a Eulogia. La mujer quedó alzada, apenas apoyando la punta de los pies en el camastro. Abierta de piernas, sujetándose el vientre que parecía abrirsele, sobaba su carne dolorida. Los gritos de dolor no encontraron eco en la pieza plagada de agujeros. El hombre, hábil maestro de esa operación salvaje pero necesaria, abrió campo entre las raídas ropas como si preparara un nido. La sangre emanada por la parturienta corría por las piernas, dándole un aspecto atrocemente repugnante. Chana enterrábase las uñas en sus huesos para no dar rienda suelta a su desesperación. No se atrevía a huír ni a ayudar en nada; sus ojillos agrandaban las pupilas estúpidas.

Eulogia se mordía los labios; ya no gritaba. Su cuerpo había perdido el mando. Revolvíase en el aire como un animal recién sacrificado. La cuerda, al rozar con la viga, crujía. De repente asomó la criatura. Un ¡ay! tremendo saludó su llegada. La recibió Peirucho en la palangana y, rápidamente, operó con la cuchara de lata. Dejando a un lado la masa sanguinolenta que dejaba escapar el llanto de un niño, descolgó a la madre, y cubriendo con un saco el resto de sangre que había en el lecho, la ayudó a tenderse. Una mujer no habría tenido más tacto ni maestría. Como si siguiera las instrucciones de un método aprendido de memoria ejecutó todo lo que era menester ejecutar. Limpió el sudor de la mujer y volvió sus dedicaciones al recién nacido.

—¿Lo lloronazo que es el diablo!...

—¿Es hombrequito?—preguntó débilmente Eulogia.



—¡Qué otra cosa debía de ser!... Claro que es hombre... Y de esos harto robustos... Si tiene hasta pelos en el pecho...

Chana se acercó medio risueña al lado del pescador. De buenas ganas lo abrazaría nuevamente. Su cuerpo, al compás con el de su madre, había intentado sufrir todos los horrores del parto. Peirucho bañó al pequeño, envolvió su cuerpecito en los raídos pañales, y lo entregó a su madre, quien lo ocultó bajo las ropas de la cama, apretándolo junto a su pecho.

—¡Es hombrecito!... Lo contento que se va a poner Jochepe—dijo Eulogia como si soñara.

—¿Y qué hay del caldo para la enferma?—preguntó Peirucho a Chana—. Que hierva luego esa olleta... Hay que dárselo prontito... Ya quedó todo listo. Entonces, no hay nada más que hacer... El crío está como Dios manda, y para la enferma no debe haber más que cuidado, mucho cuidado...

Doctoralmente, la voz del pescador sonaba entera y ronca dentro de la pieza. Soplando en la cuchara, Chana dió la dieta a su madre.

—Bueno, entonces. Como todo se ha terminado yo me voy andando—dijo pausadamente Peirucho, mientras recogía la botella y su paletó—. Me están esperando mis truchas y mis salmones... ¡Falta que hayan roto las nasas!... Que siga bien, doña Eulogia... Hasta luego, Chana... Que se críe bien el guaina...

Salió sin esperar respuesta. Se tragó su amarga resignación, encaminándose hacia su ramada. Seguía rugiendo el viento aunque con menos fuerza. La obscuridad mantenía su dominio sobre el campo. Dejó atrás la mortificación de algunas horas vividas como nunca; sin embargo, no sentía otras ganas que la de alejarse rápidamente.

—Es bueno el pescador—aseguró Eulogia, que no pudo decir más que «gracias» cuando el hombre hubo salido—. Es bien «baquiano»...

Oleadas de frío hacían tiritar a Chana. Su madre lo notó, recomendándole que se acostara. La muchacha, a pesar del mandato, quedóse a la orilla del fuego. Dormitaba cuando la volvió a la realidad la voz de su padre.

—No tuve cómo venirme más temprano—decía—. Rucapequén está lejos. Yo ya sabía que tendrían visita nueva, porque ayer tarde, cuando quise estar tranquilo para descansar un rato, me empezaron a doler las muelas... Ese era el aviso para el padre... Costó muchísimo para que el mayordomo me dejara venir... ¡Si no es porque piteo más que el diablo!... ¡Ah! Ya me han comunicado la llegada del chiquillo... Encontré un hombre que estaba sentado en una piedra, allá en la cueva de la vieja Candelaria... A sus preguntas le dije que yo era José... Me contó que él te había cuidado, y que

se llama Peirucho, y que era pescador... No lo atendí más, y me vine casi con la lengua afuera... Y aquí estoy...

Chana sujetó un grito. Tomó su jarro harinero, en el que preparaba el uipo con la ración de harina que recibía de la hacienda, y dijo que se iba al trabajo. Corriendo se adentró en el campo, en dirección a la cueva de la bruja. En la claridad del amanecer gris se podía ya distinguir el vientre del Itata y la majestuosa presencia del Cañumangui. Los cerros pequeños formaban larga fila, como escoltándolo. Hacia Confluencia, se divisaba apenas el verdaguear de la interminable faja de viñas que bordean, desde lo alto, los fundos de Cucha Cox, Cucha Menchaca y Cucha Urrejola. El puente de Nueva Aldea, extático en su corte moderno, dejaba ver la línea férrea que, tendida sobre la ancha manga del río, se introduce hacia el Poniente, como queriendo abrir una brecha entre los cerros.

Chana, en su correr, sujeta a una idea fija, miraba solamente hacia adelante. En su adolescente manifestación amorosa guardaba la esperanza de que Peirucho, con su voz ronca y altiva, la haría olvidar los golpes que el dolor de su madre enferma, la obscuridad de la noche que se iba, el frío, el miedo, le habían azotado sin piedad sus pobres huesos.

No demoró mucho en llegar a los peñascos, en donde, sentado en una piedra, con la vista enterrada en el campo, encontró al pescador.

## Españolismo de la literatura escrita en Chile en los siglos XVI, XVII y XVIII

Ensayo de interpretación histórico-literaria

POR

MIGUEL ANGEL VERGA MOKALES (\*)

### Introducción

Los diferentes estudios que existen sobre la literatura chilena son deficientes o incompletos. Quienquiera que esté ligeramente interiorizado

(\*) Este ensayo obtuvo el primer premio en el concurso de ensayos patrocinado por C. B. 54, Radio Sociedad Nacional de Agricultura. Debido a su extensión no hemos podido publicarlo completo; le hemos suprimido, con la venia del autor, algunos trozos en que se estudia brevemente a las siguientes personas que escribieron en Chile en la época de la Conquista y de la Colonia: Pedro de Valdivia, Alonso de Góngora Marmolejo, Pedro Mariño de Lovera, Alonso de Ercilla y Zúñiga, Pedro de Oña, Fernando Álvarez de Toledo, Alonso Ovalle, Diego de Rosales, Felipe Gómez de Vidaurre, y sobre los cuales ya el autor habla en la parte que publicamos.

de la suerte de nuestras letras, acepta y reconoce este hecho irredargüible. Procede el fenómeno de causas bien notorias, como ser, el criterio estrecho y menguado que prestigia a historiadores y estetas que han emprendido esta labor, hasta el extremo de reducir la actividad literaria a dos principios polares que se excluyen recíprocamente: el histórico o el literario. El historiador estudia históricamente nuestra literatura, sin auscultar el encanto estético de las obras, y el literato lo hace literariamente sin fijar conexiones con la historia o el medio social. Puede afirmarse que todas las obras escritas en Chile sobre el desarrollo de nuestras letras adolecen de este error común.

Don José Toribio Medina, el incansable bibliógrafo, invalida desde su origen el poderoso esfuerzo que significa su «Historia de la Literatura Colonial de Chile», por cuanto el espíritu y el método de la crítica literaria son distintos en alto grado al de la simple búsqueda y compulsación de añejos documentos.

Es así cómo en su obra no deja el señor Medina documento escrito de la época, a saber, historias, crónicas, biografías, discursos, etc., que no incorpora al acervo de nuestras primeras letras, sin plantearse problemas estéticos ni siquiera de elemental interpretación histórica. El libro es una selva donde (como en la conocida frase «los árboles no dejan ver el bosque») el exceso de materia impide seguir el curso de nuestro proceso literario.

Idéntico error advertimos en las obras de don Domingo Amunátegui Solar, don Samuel Lillo y don Adolfo Valderrama, quienes reducen el campo de la exégesis literaria a una simple ordenación cronológica, aislando el fenómeno literario en grandes bloques históricos, sin establecer ningún principio selectivo, social o estético. Tal vez la sombra venerable de don Diego Barros Arana, según observa el señor Francisco Encina (1), ha inhibido la capacidad de independencia mental en nuestros historiadores y a ello se debe atribuir el tipo de historia seca y árida, analítica y positivista, que hasta el momento ha predominado en nuestras letras. El hecho es que estos estudios son trunco, mutilados y estrechos.

Los autores citados incurren en el error de considerar nacional toda la actividad literaria escrita en Chile o sobre Chile a partir del siglo XVI adelante, así como conceden rango y valor artístico a obras que están muy lejos de merecer este título; no establecen ligámenes con el medio social—según Taine—ni con la cultura viviente y animada—según Spengler—, pudiendo afirmarse, sin temor a equivocación, que dichos estudios, como todas las obras históricas al uso, están huecos de las grandes corrientes filosóficas que desde el siglo XIX renuevan y vivifican el pensamiento histórico; es explicable, entonces, que estas obras no gocen del aplauso ni del consenso común de los estudiosos.

Observación aparte merece la obra revaluadora de los escritores de la Colonia hecha por el pundonoroso esteta Eduardo Solar Correa. Es el reverso de la medalla. Lo estético, la belleza inefable, supedita al mundo histórico y extrapoético, como si no tuviesen influencia alguna en el fenómeno estudiado. A este género pertenecen «Retratos Literarios» de Raúl

(1) «La Literatura Histórica Chilena y el Concepto actual de la Historia». Año 1935.

Silva Castro y el «Panorama de la Literatura Chilena», de Hernán Díaz Arrieta, obras en que se reduce el análisis literario al simple escorzo individual del escritor conforme a un criterio demasiado objetivo.

Tal es, a nuestro juicio, el balance poco halagador que presenta nuestra historiografía literaria.

Premeditamos un estudio de la literatura colonial chilena, que no es tan chilena ni tan colonial como han pretendido nuestros tratadistas, de acuerdo con el criterio de síntesis indicado: considerando la literatura no en una relación de causa a efecto con una estructura social determinada ni como un producto de la influencia ambiente, sino como una forma cultural perteneciente a un grupo social cuyos móviles y objetivos debe expresar necesariamente, en formas de estilo heredadas o adquiridas. Existe una literatura de la conquista, como existe una literatura colonial, porque traducen y expresan objetivamente estilos de vida que corresponden a dos ciclos culturales distintos.

La concepción indicada convierte la producción literaria de esta época en una cosa problemática y nuevas soluciones se presentan a la conciencia crítica. Por ejemplo, ¿en qué medida puede generalizarse todo este ciclo literario bajo el nombre común de Literatura Colonial?; ¿en qué medida es posible considerar nacional la actividad literaria de estos tres siglos?; ¿es justo considerar literarias las obras de Molina, Marmolejo o Lovera? Las respuestas a todas estas interrogaciones constituyen el tema central del presente estudio.

CeDInCI

La extensión de las huestes conquistadoras por el suelo americano, después de descubiertas las Indias por Colón, ha sido estudiada por nuestros historiadores siguiendo la huella de los cronistas, en quienes influyó de manera tan violenta el continente que sus obras son la historia de los sucesivos descubrimientos. Barros Arana, José Toribio Medina, y en el extranjero, el señor Carlos Pereyra, han seguido tan de cerca esta tradición que circunscriben el fenómeno al amplio marco continental sin relacionar ni ligar el suceso a la cultura occidental de la época. Este último, en su estudio sobre Hernán Cortés, llega a decir: «Ni Cortés ni los otros fundadores pertenecen a la España peninsular.» (2) No nos parece aceptable este criterio. Creemos, por el contrario, que la dominación de los españoles en América, obedece al nuevo espíritu que domina al hombre europeo a partir del siglo XV, es decir, forma parte de la cultura que adviene en Europa con el renacimiento. El desenfundado individualismo, la intimidad profunda del hombre consigo mismo, lo que Burckhardt ha llamado el «descubrimiento del hombre», característica propia y fundamental de la cultura renacentista, se dan en el conquistador con relieves grandiosos; el mundo virgen y sin trabas de las Indias cortará en el español todas las amarras que pudieran unirlo todavía al pasado místico de su tierra y dará lugar a que su alma se manifieste libérrimamente en toda su riqueza expresiva. Un caso típico del nuevo espíritu lo ofrece, a nuestro juicio, Pedro de Valdivia, «hom-

(2) «Hernán Cortés», por Carlos Pereyra. Madrid, 1930.



bre de altos pensamientos» como lo ha llamado Marmolejo y en quien el «yo» no es parte de su realidad sino su esencia humana misma. Por esta misma razón consideramos errada la tesis del escritor Rufino Blanco Fombona, quien explica la conquista de América como una consecuencia del estado espiritual de España en los siglos XVII, como una obra de la raza. La verdad es que las grandes aristas sensibles del alma española, como ser su religiosidad, espíritu caballeresco, su lealtad al rey, etc., se quiebran rotundamente en el suelo americano donde actúa sin más norte que su propia conciencia. Tampoco parece aceptable la tesis que presenta don Juan Bautista Terán en el libro «Nacimiento de la América Española», especie de réplica a la obra de Fombona, en el que se atribuye excesiva importancia a la influencia del medio físico con desmedro del espíritu y de la conciencia activista del soldado español, explicando en función de la «tropicalización» de éste—término que usa el escritor—las diferentes formas que revistió la lucha conquistadora.

En realidad, los impulsos, móviles y motivos que animan el alma del soldado conquistador, forman parte del poderoso complejo vital llamado Renacimiento, cuyo señorío en Europa y en la católica España de los primeros Habsburgo, no es posible discutir.

Si se acepta este criterio es fácil admitir el carácter renacentista y extranjero que inspira a toda la actividad literaria de los siglos XVI, XVII y XVIII escrita en América; las crónicas y los poemas épicos respiran un profundo españolismo y tanto en la forma como en el fondo pueden vincularse a las grandes corrientes literarias del Siglo de Oro.

Llamar chilenas a estas obras porque aluden a hechos ocurridos en nuestro suelo o porque en ellas se dan descripciones hermosas de esta tierra, es desconocer el valor espiritual que involucra este término, el sentido nación, palabra que, a nuestro juicio, implica un sentimiento arraigado de la tierra, de la raza, de un destino común e inmarcesible. ¡Qué lejos están un Ercilla, un Oña, un Rosales, un Molina, de expresar estéticamente este fenómeno!

Estas consideraciones generales, cuyo análisis más circunstanciado es materia de un capítulo especial, nos ha llevado al convencimiento de que debe negársele todo valor de chilenidad a la producción literaria de los tres primeros siglos de nuestro pasado.

\* \* \*

Tanto los tratadistas del siglo pasado como los tratadistas contemporáneos han dado el nombre común de literatura colonial a los tres siglos de actividad literaria que nos preocupan. Esta denominación no se ajusta a la realidad de los hechos y dentro del paralelo histórico-literario que preside este trabajo, distinguimos fácilmente dos estilos literarios diferentes en esta época. Existe un escritor de la Conquista como existe un escritor de la Colonia. El primero expresa los grandes complejos vitales que viviera el español durante los cruentos años de guerras y sacrificios por la posesión del suelo chileno, y el segundo, los intereses vitales del período de colonización y asentamiento estable en las tierras conquistadas.

He aquí la primera substancial diferencia. El escritor de la Conquista

solamente se preocupa de relatar las sucesivas guerras en que ha actuado como guerrero, carece de disposiciones para el devaneo mental, no menciona nuestro paisaje ni interioriza en la vida del indio. El escritor de la Colonia, en cambio, concede importancia a la descripción geográfica del reino, a su organización política, a las costumbres del indio y del criollo. El escritor de la conquista escribe «por no haber otra historia de las guerras fuera de la de Arzila», (3) según la frase de Góngora Marmolejo; el escritor de la Colonia porque «la Europa vuelve al presente toda su atención hacia la América, deseando conocer con erudita curiosidad la diversidad de sus climas, la estructura de sus montes, la naturaleza de sus fósiles», (4) según dice el Abate Molina. O sea, los primeros lo hacen sin el aguijón de la cultura o la curiosidad intelectual, impregnados en lo más íntimo de sus conciencias por la grandiosidad del suceso en que actúan, mientras los segundos están preocupados del buen decir, de la erudición, libres de toda preocupación bélica. Ovalle es un prosista puro y delicado; Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán y Olivares, sufren el drama terrible del estilo; los escritores de la Conquista jamás manifestarán quisquillosidades de esta naturaleza. En fin, el escritor de la Conquista vive los hondos motivos guerreros e individualistas del siglo XVI, es soldado y es inculto; por el contrario, el escritor de la Colonia es letrado o sacerdote. ¿Cómo no separar ambos ciclos literarios?

Distinguimos, pues, una literatura de la Conquista, correspondiente al siglo XVI y otra de la Colonia, correspondiente a los siglos XVII y XVIII.

#### ESPAÑOLISMO DE LA LITERATURA DE LA CONQUISTA Y DE LA COLONIA

Los estudios de crítica o de historia literaria publicados en el país, adolecen de serios defectos que hacen de estas obras papel muerto y sin significado para la cultura nacional. Es este un hecho comprobado que casi no necesita demostración. Sin embargo, la manera cómo los críticos han enfocado esta extraña anomalía que pesa sobre nuestras letras, no nos parece correcta ni ecuánime. En efecto, han descargado todo el peso de las responsabilidades en los hombros débiles de sus autores, a quienes culpan de incapaces, sin considerar otros factores que tienen tanta o mayor importancia que éste en la explicación del fenómeno. Entre ellos ocupa un lugar especial, a nuestro juicio, la falta de independencia del género literario, que no cuenta con un grupo de individuos realmente entregados a la indagación histórico-literaria, como ocurre en países de cultura más densa que la nuestra, donde las obras de esta índole se dan por cientos y donde los problemas metodológicos o filosóficos propios del género son estudiados y revisados con particular interés. (1) Considérese este hecho en toda su trascendencia. Las historias literarias nacionales no están escritas por historiadores literarios propiamente tales, sino por individuos pertenecientes a

(3) «Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año 1575», por Alonso de Góngora Marmolejo. Publicada en la Colección de Historiadores de Chile. Tomo II, Pág. 5.

(4) «Compendio de la Historia Civil del Reyno de Chile», por el Abate Juan Ignacio Molina. Madrid, 1787, Pág. 3.

(1) «Estado actual de los Métodos de la Historia Literaria», por Raúl Silva Castro, 1933.

otras provincias del trabajo mental: historiadores, poetas, críticos, impresionistas. Fácil es comprender que ninguno de estos individuos está en situación de interpretar el fenómeno histórico-literario, por cuanto el espíritu y el método del nuevo género son distintos en alto grado a los que ellos emplean en sus investigaciones o creaciones. Escriben, pues, solamente de paso por la literatura, sin expresar hambre ni pasión intelectual de ninguna especie, factores indispensables para dar a una obra perfiles definidos y valor permanente.

No es esto lo más grave. La injuria remata definitivamente cuando pretenden interpretar el proceso literario nacional con los mismos métodos o principios que orientan sus respectivas especialidades. El historiador lo hará estudiando históricamente nuestra literatura; el poeta sin norte ni mediodía alguno, y el esteta despreciando los factores extrapoéticos en nombre de la belleza, que es lo único que parece interesarle. De estas influencias, la más grave, a nuestro juicio, es la de la historia, ciencia a la que la historia literaria ha estado subordinada con detrimento de su sentido y valor espiritual. Recordemos que Barros Arana, José Toribio Medina y Domingo Amunátegui Solar, historiadores de reconocida personalidad, han escrito obras histórico-literarias que la crítica ha aplaudido con muy pocas reservas. Pues bien, son estos autores los que han dado la pauta a todos los trabajos de esta índole escritos posteriormente. De ellos son los métodos, las clasificaciones, las finalidades.

Tocamos una materia de muy delicada que hemos considerado prudente preparar con esta breve disertación. Los vicios generales que invalidan las obras dedicadas al examen de una parte o de la totalidad del proceso literario nacional, son los mismos vicios que estrechan el marco de nuestra producción histórica. Así, por ejemplo, la clasificación corriente de la historia nacional en tres períodos, la Colonia, la Independencia y los Tiempos Modernos, es una imagen inexacta, que naturalmente, los tratadistas literarios no han podido eliminar de sus estudios por las causas anotadas.

No es efectivo que nuestra literatura empiece con los primeros poemas o crónicas escritos en la época de la Conquista y de la Colonia. No tienen nada de nacional las obras de Ercilla, Góngora Marmolejo, Lovera, Pedro de Oña, Alonso Ovalle, Diego de Rosales, Molina, escritores que tanto por la forma como por el fondo tienen más relación de sentido con las grandes corrientes literarias españolas y europeas de la época. En consecuencia, hacer figurar estas obras al lado de la literatura chilena de los siglos XIX y XX, y sobre todo, colocarlas en el punto inicial de nuestro proceso literario, es un error tan grande que no creemos tenga precedente en literatura de país alguno. En España, por ejemplo, se comienza el estudio de la literatura con los cantares o poemas de gestas, y eso está bien, pues nadie puede poner en duda que el soplo interno que anima a estas creaciones es profundamente español. El Cid es el espejo de España, como lo es El Quijote y como lo serán más tarde las obras de Galdós o de Unamuno. Del siglo XII al XX hay en la literatura peninsular un lazo interno cordial que la une e identifica como pertenecientes a una misma familia literaria, confundíendolas con la nación misma. El caso es muy distinto entre nosotros. La literatura llamada colonial, que con mejor criterio, hemos dividido en literatura de la Conquista y de la Colonia, no tiene ningún parentesco for-

mal ni de sentido con la creación literaria de los siglos XIX o XX. Alonso de Ercilla y Zúñiga, pongamos por caso, es profundamente distinto a Pezoa Véliz en el contenido espiritual de su lirismo. Y generalizando este sencillo ejemplo a toda la actividad literaria de esta época, inferiremos que es más bien española y no chilena como hasta ahora se ha sostenido. De manera, pues, que empezar la historia literaria nacional con el estudio de estas obras envuelve un error trascendental en la correcta apreciación cronológica de ella. La literatura chilena no empieza en el siglo XVI ni en el XVII ni en el XVIII, sino que algo más tarde, en la primera mitad del siglo XIX con la brillante generación de 1842.

\*\*\*

Una prueba irredargüible del fenómeno anotado se encuentra en los propios tratadistas literarios. Frente al problema que nos preocupa, responden dubitativamente, sin seguridad en los conceptos, o bien, incurriendo en errores substanciales. ¿Es o no chilena esta literatura? He aquí la pregunta que debe responderse inevitablemente. Refiriéndose a la literatura colonial dirá don José Toribio Medina en las páginas liminares de su obra: «Las palabras literatura chilena no se refieren, como fácilmente se deja entender, sino al cultivo que el pensamiento en todas sus formas (sic) alcanzó en Chile durante el tiempo de la dominación española. Aquella literatura puede decirse que fué una planta exótica trasplantada a un suelo virgen, nada más que el arroyuelo que va a derramarse en la corriente madre.» (2) En este juicio enredado y lleno de vacilaciones está entero todo el libro de Medina. Llama literatura al «pensamiento en todas sus formas», craso error como puede verse, y, en realidad, consecuente con él no dejó texto escrito de la época que no analizó y estudió como obra literaria; primer error importante del infatigable bibliógrafo; a continuación no se decide a dar el paso decisivo cuando le asaltan las dudas sobre la difícil naturaleza espiritual de estas obras, incurriendo en paradojas realmente curiosas en la interpretación de algunos autores, (3) a los cuales termina por estudiar como pertenecientes a la literatura nacional. El libro de Medina es la primera obra de historia literaria de alguna importancia aparecida en el país; ahora bien, la primera imagen que él se trazara de nuestra literatura ha pervivido por espacio de dos siglos. Nadie, ni Adolfo Valderrama, ni Samuel Lillo, ni Eduardo Soiar Correa, escaparán a esta inexplicable influencia. Por distintos caminos todos llegan a la misma conclusión.

Otro ejemplo. Don Domingo Amunátegui Solar, refiriéndose a «La Araucana» dice en el «Bosquejo Histórico de las Letras Chilenas»: «¿Por qué los estudios sobre la literatura chilena invariablemente empiezan por el análisis de «La Araucana», siendo así que fué obra española y compuesta por vate español? La respuesta es obvia y ya la dió don Andrés Bello: «por-

(2) «Historia de la Literatura Colonial de Chile», por José Toribio Medina. Santiago.

(3) Así, por ejemplo, refiriéndose a la pintura de la naturaleza hecha por Oña, en la que figuran el «jabali», el «tigre», etc., dice: «cualquiera que no sea hijo de esa tierra se sentiría transportado al corazón de África.» A pesar de estas contradicciones y otras, Medina estudia a Oña como escritor chileno.



» que «La Araucana» es el poema nacional de Chile, único hasta ahora de los pueblos modernos cuya civilización ha sido inmortalizada por un poema épico.» (4) Fácil es advertir el error implícito en esta argumentación. El poema de Ercilla no es la obra nacional de Chile, por la razón sencilla de que no expresa nada de nada nacional: ni el paisaje, ni las costumbres aborígenes, ni el hombre o mujer chilenos. Todo aparece en el poema profundamente alterado. Colo-Colo, Lautaro, Fresia, Caupolicán, no son de ninguna manera nuestros antepasados, por cuanto el poeta los ha idealizado, españolizado diríamos mejor. Algo perdurable y edificante, sin duda, ha creado «La Araucana»: el mito de la raza chilena, la que aparece revestida de altas virtudes, y de un elevado heroísmo.

Más tarde, afirmaremos en él nuestro sentimiento de voluntad y permanencia históricas, volviendo la mirada a las páginas del libro. Pero basta que esta imagen del indígena sea un mito—como ha observado oportunamente Eduardo Solar Correa—para que ya no sea historia.

Consideremos, por último, la opinión de un tratadista de alta sensibilidad y bien informado, don Eduardo Solar Correa, muerto prematuramente, para desgracia de las letras nacionales. Su opinión no equidista de la de los autores suscitados y, por el contrario, es radical e inequívoca en cuanto a considerar chilena a esta literatura: «La influencia del medio,—dice—a juzgar por sus obras, pudo más que el nacimiento y la educación. Nada hay que los emparente con la literatura peninsular, floreciente en la lírica, en el teatro y la novela; en cambio, sus gustos y tendencias y hasta sus defectos, hállanse en perfecta consonancia con los de la literatura criolla.» (5) La tradición historiográfica, iniciada por José Toribio Medina, viene a morir en Solar Correa, sin variaciones de importancia, entregada a la ley de la rutina y de la inercia. Sus mismos métodos y concepciones perjudican de hecho a la historia literaria.

Nuestro pensamiento sobre esta materia, según se ha dado ya a entender, es diametralmente opuesto. La literatura de la Conquista y de la Colonia, antes que la expresión de la nacionalidad nuestra, es el reflejo fiel de los poderosos móviles y motivos culturales de la España renacentista. Basta objetivar los hechos históricos, estableciendo una prudente distancia entre el pasado y el presente, conforme al patético consejo de Oswald Spengler, para advertir que la tónica cultural de aquella época, los impulsos e ideales de los hombres de entonces, están sometidos a la camisa de fuerza del seno de la cultura renacentista. Antes que el punto inicial de nuestra historia en el orden cronológico, cabe más bien considerarlo como el lento y oscuro proceso por que pasó nuestro país antes de adquirir plena conciencia en sí mismo, de su propio destino. Es decir, aquella época no es historia todavía, sino prehistoria, drama de la obscuridad y el caos por alcanzar la luz. Tres siglos más tarde, en tiempos de Portales, insurgirá viva la nación, plena de un contenido propio, como un atado de fuerzas dispersas que al fin han conseguido unidad y sentido.

Henos ante el punto decisivo de toda esta larga disquisición: la nación. ¿Qué es? ¿Cuándo a un pueblo puede considerársele una nación? La

(4) «Bosquejo Histórico», pág. 1.

(5) «Semblanzas Literarias de la Colonia», 1933.

respuesta es sencilla. La Nación antes que una realidad de orden físico, material y social, es una realidad de orden espiritual, un sentimiento vivo presente en el ánimo y en el ambiente de todos los individuos que viven juntos en una tierra y tradición común, sentimiento que sólo aparece cuando este pueblo se levanta en el medio histórico con decidida voluntad de ser. Ese momento en Chile se presenta en tiempos de Portales, encontrando más tarde acabada expresión literaria con la brillante generación de 1842. Los artículos políticos y literarios de la época no dan margen a dudas; a través de su lectura sentimos el vibrar de un pueblo joven, recién nacido a la vida, que respira con sus propios pulmones. Ellos nos dirán mejor que el documento frío o el decreto-ley que la nación ha entrado en cintura y está en vías de una mayor edad.

José Victorino Lastarria revela claramente la aparición de este nuevo espíritu en el discurso pronunciado en la Sociedad Literaria, célebre por tantos motivos. Dice estas palabras: «¿Pero cuál ha sido, cuál es en el día nuestra literatura? ¿A dónde hallaremos la expresión de nuestra sociedad, el espejo en que se refleja nuestra nacionalidad? Aterradora es por cierto la respuesta a una pregunta semejante; pero así como rompe con audacia su vuelo la simple avecilla después del espanto que le causa la explosión mortífera del arcabuz del cazador, romperemos nuestra marcha después del terrible desengaño que nos causa la idea de nuestra nulidad cuando veamos que necesitamos formarnos con nuestros propios esfuerzos. Apenas ha amanecido para nosotros el 18 de Septiembre de 1810, estamos en la alborada de nuestra vida social y no hay un recuerdo tan solo que nos halague, ni un lazo que nos una al pasado antes de aquel día. Durante la Colonia no rayó jamás la luz de la civilización en nuestro suelo. Y cómo había de rayar. La misma nación que nos encadenaba a su pesado carro triunfal permanecía dominada por la ignorancia, sufriendo el ponderoso yugo de lo absoluto en política y religión.» (6) Más adelante, agrega: «Pedro de Oña, que según las noticias de algunos eruditos, escribió a fines del siglo XVI dos poemas de poco mérito literario, pero tan curiosos como raros en el día; el célebre Lacunza, Ovalle el historiador y el candoroso Molina, que ha llegado a granjearse un título a la inmortalidad con la Historia de su patria, son los cuatro conciudadanos y quizá los únicos de mérito que puedo citar como escritores, pero sus producciones no son timbre de nuestra literatura, porque fueron indígenas de otro suelo y recibieron la influencia de preceptos extraños. Desde 1810 hasta pocos años a esta parte, tampoco hallo obra alguna que pueda llamarse nuestra y que podamos ostentar como característica.» En este juicio de Lastarria debemos distinguir dos partes. Primero: La conciencia bien clara en el autor de que sólo en aquella época apunta el nacimiento de la nación; y segundo: De que la literatura anterior a esta época es indígena de otro suelo. Oigámosle corroborar este mismo pensamiento a propósito de la concepción que tiene del cuento chileno, género cuya prioridad, en las letras chilenas, como ha demostrado Raúl Silva Castro, corresponde al mismo Lastarria. «Ellos no tienen más mérito—dice—que el de ser testimonios históricos de un tiempo que no se puede olvidar. Los ensayos de novela no presentan estudios de sentimientos y de

(6) «Recuerdos Literarios», 1867. Págs. 110 y 111.

caracteres, carecen de plan y de enredos; no tienen más que un arte, el de la narración sencilla de sucesos de la vida de personajes de acá. En un mal discurso hecho a la sociedad de estudiantes (se refiere al que ya hemos citado)... había dicho yo a los jóvenes que nuestra literatura debía ser nacional porque no había pueblo que más que los americanos tuvieran que ser originales en su literatura, porque todas sus modificaciones les son peculiares y nada tienen de común con los que constituyen la originalidad de la del viejo mundo.»

(7) De otro lado, José Joaquín Vallejo, el Larra Chileno, como han dado en llamarlo con criterio fácil nuestros críticos, siendo así que el símil difícilmente resiste la prueba de un análisis objetivo, cohererá en artículos sabrosos y espumantes jirones vivos de la tierra chilena. El paso ya está dado. La literatura chilena cantará desde ahora nuestra típica realidad.

Pues bien, este sentimiento, este espíritu es el que no asoma en parte alguna en la literatura llamada colonial. El fenómeno es perfectamente visible tanto en las obras poéticas de carácter épico como en las crónicas de los siglos XVI, XVII y XVIII. Precisamos, empero, establecer en este fenómeno ligeras variaciones y modalidades que permiten darse cuenta cómo en el dominio de lo chileno se sigue una línea ascendente, caracterizada por la ausencia absoluta de toda alusión a lo nacional en la literatura del siglo XVI; por el mejor conocimiento que de las cosas de nuestra tierra revelan los escritores del siglo XVII, verbigracia, Ovalle y Rosales; y por cierto vago y confuso chilenuismo, realmente paladino en Felipe Gómez de Vidaurre, que nos hace considerar a la literatura del siglo XVIII como una época de transición entre la literatura chilena y la española.

En realidad, tanto Oña como Molina, Vidaurre u Ovalle, escritores de quienes pudiera creerse que son chilenos, por cuanto han nacido en nuestro suelo, literariamente son españoles, pues se comportan como tales a través de sus obras, excepción hecha de Felipe Gómez de Vidaurre, quien, como veremos más adelante, es el primer ejemplar estrictamente chileno en el campo de la literatura.

Veamos cómo poetas y cronistas aluden a nuestra tierra.

Alonso de Ercilla y Zúñiga desvirtúa en «La Araucana», llevado por su hondo espíritu renacentista, las características propias de la nación, ya sea idealizando al indio o confundiendo graciosamente nuestra flora vegetal con la de otros países. Un ejemplo: se trata de la elección de capitán general de las fuerzas araucanas; es necesario para alcanzar este honroso título soportar sobre los hombros, en un amplio torneo, un grueso y pesado madero el mayor tiempo posible. Paicabí sale a la palestra dispuesto a obtener para sí el galardón:

Pues el madero súbito traído,  
 (no me atrevo a decir lo que pesaba),  
 era un macizo líbano fornido,  
 que con dificultad se rodeaba.  
 Paicabí le aferró menos sufrido...

(Canto II)

(7) «Misceláneas Históricas», por José Victorino Lastarria.

Que nosotros sepamos no existe en nuestra flora el líbano y sólo aparece en el poema de Ercilla por obra y gracia de su imaginación, profundamente cargada de renacentismo. El poeta habla de memoria sobre el paisaje del sur y su memoria, en realidad, es mala. En otra parte alude el poeta a la indignación de Fresia en presencia de Caupolicán, hecho prisionero por los españoles. Las palabras bravas y orgullosas de la heroína no corresponden a su cultura ni al espíritu de los aborígenes.

Estarían mejor en labios de una mujer espartana:

No reventó con llanto la gran pena  
 Ni de flaca mujer dió allí la muestra;  
 Antes de furia y viva rabia llena,  
 con el hijo delante se le muestra.  
 Diciendo: «La robusta mano aiena  
 que así legó tu afeminada diestra,  
 más clemencia y piedad contigo usara  
 si ese cobarde pecho atravesara.  
 ¿Eres tú aquel varón que en pocos días  
 hinchó la redondez de sus hazañas,  
 que con sólo la voz temblar hacía  
 las remotas regiones más extrañas?  
 ¡Ay de mí! Cómo andaba yo engañada  
 con altiveza y pensamiento ufano,  
 viendo que en todo el mundo era llamada  
 Fresia mujer del gran Caupolicano.  
 Y agora miserable y desdichada  
 todo en un punto me ha salido vano,  
 viéndote prisionero en un desierto  
 pudiendo haber honradamente muerto.  
 .....  
 Dime, ¿faltóte esfuerzo, faltó espada  
 para triunfar de la mudable diosa?  
 ¿No sabes que una breve muerte honrada  
 hace inmortal la vida y gloriosa?  
 Mirarás a esta prenda desdichada,  
 pues que de tí no queda ya otra cosa;  
 que yo, apenas la nueva me viniera  
 cuando muriendo alegre te siguiera.  
 Toma, toma tu hijo, que era el ñudo  
 con que el lícito amor me había ligado;  
 que el sensible dolor y golpe agudo  
 estos fértiles pechos han secado;  
 cría, críale tú, que ese membrudo  
 cuerpo, en sexo de hembra se ha trocado;  
 que yo no quiero título de madre  
 del hijo infame del infame padre.»

(Canto XXXIII, Parte 3.ª)



Y así es el libro. ¿Puede llamársele, con justa razón, el poema nacional de Chile, como quiere el señor Amunátegui Solar? Indudablemente, no. Léanse los episodios idílicos incluidos en el poema—el de Guacolda y Lautaro en el Canto XIII, Parte 1.<sup>a</sup> y el muy hermoso trance amoroso de Tegualda libre de «cuidado, de amor y desventura» que un día «ardiendo en vivo fuego el pecho frío» entregó su amor, altivez vencida, al gallardo Crepino (Canto XX, Parte 2.<sup>a</sup>)—y se comprenderá en qué medida Ercilla desconoce la psiquis araucana. Es útil también recordar algunas palabras sueltas del prólogo de la Parte 2.<sup>a</sup>, en las que el autor coloca los sucesos que relata en sus debidas proporciones. «No es poco atrevimiento—dice, refiriéndose a las batallas de San Quintín y de Lepanto que intercala en el poema—querer poner dos cosas tan grandes en lugar tan humilde...» Quien así escribe es, indudablemente, un español auténtico.

El caso de Oña es idéntico y aun más grave que el de Ercilla. Nuestros tratadistas lo han llamado el patriarca de la poesía chilena, el primer poeta de la lírica nacional, títulos que en realidad no le pertenecen, pues, Oña no tiene nada de nacional y, por el contrario, si se le compara a Ercilla, resulta que es más español y más cortesano que éste. Su actitud ante el indio y ante el paisaje es aleve y es falsa. Menosprecia a aquél sin piedad alguna, negándole incluso su atributo más relevante y destacado: el valor; sobre la tierra chilena, teatro de sus suaves y dulces exaltaciones sensibles pone un manto de colores orientales y rabiosos completamente extraños al paisaje chileno. Obsérvese cuán poco importa en este caso el lugar de nacimiento en la filiación social de un hombre. Por otra parte, no debemos olvidar que Oña no nació en un país determinado llamado Chile, sino en un campo de Agramante, en una tierra en guerra, cálida de sangre y de ardor bélico, cuando la alternativa español-araucano era la única instancia válida para los dos bandos en lucha.

Hemos dicho que Oña negó la virtud más saliente e indiscutible del indio: su valentía. Así es, en efecto. Perteneciendo a una raza indomable—hecho que la historia reconoce—nos los presenta cobardes e indignos de poblar la tierra. Dice de él:

¿Qué víbora, qué sierpe ni culebra  
se puede comparar al araucano?  
Quemar parece al cielo con miralle  
y helársele de miedo todo el valle.

(Canto XI)

Ercilla nunca hablará de esta manera. Su espíritu es más ecuaníme, justiciero y varonil que el de Oña. Frente al indio y al español, cuando se trata de decir la verdad, la balanza se inclina en favor del primero. El araucano es valiente, y lo dice; es vilmente explotado en las minas y lavaderos de oro, y también lo dice. Oña, no. Llevado por su espíritu cortesano hace tabla rasa de la verdad, falsificándola arbitrariamente. Se infiere de lo dicho que siendo Ercilla español es más chileno que Oña, y que siendo Oña chileno, según los tratadistas, es más español que Ercilla. Extrañas paradojas a que conduce la interpretación acomodaticia y fácil de nuestra literatura.

Sigamos al poeta en este mismo aspecto de su obra. Galvarino llega con su manos cortadas al Senado (sic) araucano y arenga enérgicamente a sus huestes:

Entró de la manera que venía  
al tiempo que en el ínclito Senado  
sobre seguir o darse a Don Hurtado  
muchos y varios plácitos había.

Y sigue:

Mas, aunque parte de él contradecía  
lo que es rendir el cuello no domado,  
los más, mirando el público interese,  
eran de parecer que se rindiese.

(Canto XVII)

En el Canto V, uno de los más hermosos del «Arauco Domado», se refiere el poeta a los amores de Fresia y Caupolicán. Los amantes están en el valle de Elicura degustando las mieles siempre sabrosas del amor. El paisaje que nos pinta es convencional y convencional también es el lenguaje de los amantes:

Aquí Caupolicano caluroso  
con Fresia, como dije, sesteaba,  
y sus pasados lances le acordaba  
por tierno estilo y término amoroso:  
no estaba de la guerra cuidadoso,  
ni cosa por su cargo se le daba,  
porque do está el amor apoderado,  
apenas puede entrar otro cuidado.  
Por una parte el sitio le provoca;  
la ociosidad por otra le convida  
para comunicar a su querida  
palabra, mano, pecho, rostro y boca,  
y al regalado son que amor le toca,  
le canta: «Dulce gloria, dulce vida,  
¿quién goza como yo de bien tan alto  
sin pena, ni temor, ni sobresalto?  
¿Hay gloria o puede habella que se iguale  
con esta que resulta de tu vista?  
¿Hay pecho tan de nieve que resista  
al fuego y resplandor que della sale?  
¿Qué vale cetro y mando, ni qué vale  
del Universo Mundo la conquista  
respecto de lo que es haberla hecho  
al muro inexpugnable de tu pecho?  
Dichosos los peligros desiguales  
en que por tí me puse, amores míos.  
Dichosos tus desdenes y desvíos,  
dichosos todos estos y otros males.

Pues ya se han reducido a bienes tales,  
que entre estos altos álamos sombríos  
tu libre cuello rindas a mis brazos  
y a tan estrecho vínculos y abrazos.»  
«Ay, Fresia le responde, dueño amado,  
y como no es de amor perfecto y puro  
hallarse en el contento tan seguro,  
sin pena, sin temor y sin cuidado;  
pues nunca tras el dulce y tierno estado  
se deja de seguir el agrio y duro,  
ni viene el bien, si vez alguna vino,  
sin que le ataje el mal en el camino.  
De mí te sé decir, mi caro esposo,  
(no sé si es condición de las mujeres)  
que en medio de estos gustos y placeres  
se siente acá mi pecho sospechoso...»

.....  
Su regalada Fresia, que lo atiende,  
y sola no se puede sufrir tanto,  
con ademán airoso lanza el manto  
y la delgada túnica desprende;  
las mismas aguas frías enciende,  
al ofuscado bosque pone espanto,  
y Febo de propósito se para,  
para gozar mejor su vista cara.  
Abrábase mirándola dudosa,  
si fuese Dafne en lauro convertida,  
de nuevo al ser humano reducida,  
según se siente della cudiooso;  
descúbrese un alegre objeto hermoso,  
bastante causador de muerte y vida,  
que el monte y valle viéndolo se ufana,  
creyendo que despunta la mañana.  
Es el cabello liso y ondeado  
su frente, cuello y mano son de nieve,  
su boca de rubí graciosa y breve,  
la vista garza, el pecho relevado.

(Canto V)

Y así es la lírica de Pedro de Oña: renacentista, española, emocionada de belleza y color. En ella brillan por su ausencia las alusiones auténticas a nuestra tierra y solamente el criterio fácil y rutinario de la crítica nacional ha podido señalarlo como el padre de nuestra lírica. Es necesario desterrar definitivamente este grave error de apreciación histórico-literario.

El fenómeno se repite en los cronistas de esta época.

Alonso de Góngora Marmolejo, Pedro de Valdivia, a quien cabe más bien estudiarlo como cultivador del género epistolar, y Pedro Mariño de Lovera no manifiestan en parte alguna este sentimiento de chilenidad que buscamos. En el capítulo LIV de la Crónica del Reino de Chile escrita por

Lovera, figura una conversación entre Lautaro y Llano Veas, en la que se pretende, seguramente, pintar el carácter orgulloso y soberbio de Lautaro, pero es artificiosa. Dice Lautaro: «Pues entrados con la voz de Jacob y las manos de Esaú, predicándonos Ley de Dios y ejercitando la del demonio para dorar vuestros engaños y cogernos el oro fino de nuestras minas.» (8) De esta manera hablan todos los cronistas, esto es, atribuyéndole al indio virtudes o defectos que no tiene.

Los escritores del siglo XVI al referirse a nuestro suelo efectuaron una curiosa operación: trasladaron al indio y a la visión de la tierra los hábitos culturales inherentes a su ascendencia española. Hicieron lo que tenían que hacer: escribir como españoles. Justo es, entonces, reintegrarlos a la literatura a que realmente pertenecen.

El siglo XVII ofrece una fisonomía distinta a la del siglo XVI. Mientras ésta está caracterizada por las interminables guerras entre españoles y araucanos, guerras que comunican al país un ámbito cósmico y anárquico, en el siglo XVII la presencia del Estado cambia radicalmente el orden de cosas. Chile ahora está sometido a jurisdicción; las aristas esquinadas y bravías de los soldados se puen a fuerza de respeto y sometimiento a la autoridad real representada por gobernadores legítimamente nombrados por la Corona; la guerra, que antes ocupaba todo el centro de Chile, se desplaza a los márgenes sur del Biobío, lo que permite la formación lenta de la vida colonial en Santiago, La Serena, Chillán y otras escasas ciudades. El poblador desplaza al conquistador en el mando de la vida social. La ambición desenfrenada y sin límites de antes deviene en fervido espíritu religioso y evangelizante. El español lucha ahora más por la cruz que por el oro. Evidentemente, los tiempos han cambiado. La literatura no es ajena o extraña a este fenómeno. Quienes ejercen el noble oficio de las letras son sacerdotes o letrados, personas cultas, como el fino y sensible Alonso Ovalle, el enérgico y robusto Diego de Rosales o el triste Núñez de Pineda y Bascuñán, mejor poeta que prosista, en quien apunta una de las voces líricas más depuradas de este siglo.

Todos estos escritores realizan una obra desconocida hasta ahora: descubren jirones vivos de esta tierra. Unos, el paisaje, con la vasta sinfonía de sus selvas, montañas y ríos; otros, las costumbres de los indígenas. Son veraces y sinceros. En sus palabras palpita un sentimiento cálido y suave de admiración y cariño a esta tierra. Y, por otra parte, tanto la prosa como el verso adquiere en sus manos altas calidades estéticas. El lenguaje es plático, ceñido al pensamiento, sobrio y emocionado de color. Evidentemente, estamos frente a un tipo de literatura muy distinto al de la Conquista. Esta literatura por ser expresión de nuevos intereses colectivos ahincados en la sociedad de entonces es la que nosotros llamamos, propiamente hablando, literatura colonial.

Ante el dilema de si es chileno o no este ciclo literario, debemos responder negativamente. A las razones aducidas con anterioridad, agregaremos

(8) «Crónica del Reino de Chile», por Pedro Mariño de Lovera. Pág. 187.



otras. Posiblemente para muchos sea una peligrosa audacia afirmar esto perentoriamente, sobre todo cuando las pruebas objetivas y la fría elocuencia de los hechos, como nos ocurre con Ovalle, no salen a nuestro encuentro con la oportunidad requerida. Pero en el terreno del arte y aun de la Historia, el conocimiento recae más en la intuición mística de la realidad que en los procedimientos analíticos o deductivos gratos al pensamiento positivista. Así, por ejemplo, en la «Histórica Relación» del Padre Ovalle no aparece en parte alguna una confesión explícita de su chilénidad o españolismo. Pero, ¿es necesario que el autor tenga que decirlo para darnos cuenta del típico fenómeno? ¿Por qué son nacionales, y bien nacionales, las obras de Dostoiewski, en Rusia; de Cervantes, en España; de Güiraldes, en Argentina; y las de Blest Gana, en Chile? ¿Será porque sus autores nos lo dicen a cada instante? Permitásenos una última argumentación sobre este tópico. Estimamos que una obra literaria cualquiera es nacional cuando la alternativa sujeto y objeto, hombre chileno, argentino, español, etc., con tierra española, argentina o chilena, se da fundida en una sola realidad. Este fenómeno no se presenta en el siglo XVII, ni en el XVIII y, como observa Lastarria, tampoco es visible en las creaciones literarias de comienzos del siglo XIX. El Padre Ovalle alaba y colma a Chile de hermosos conceptos y dítirambos, pero éstos no constituyen, a nuestro entender, una prueba de chilénismo. Ve al indio y lo ve bien; ve el paisaje y es sincero y fiel en su descripción. Pero de aquí a inferir que esta literatura forme parte del acervo histórico nacional, hay una distancia considerable. Basta leer la obra para sentir este fenómeno.

Si Ovalle no es paladino y explícito en la afirmación de su sentimiento estético, el Padre Rosales, contemporáneo suyo, no deja margen a dudas al respecto. He aquí la defensa que hace de la «Historia General del Reino de Chile», anticipándose a las posibles suspicacias de sus lectores: «Y yo confieso que a no aver visto por vista de ojos muchas de las cosas de esta historia y a no aver tenido relaciones tan verídicas de personas que se hallaron presentes a los sucesos que en ella se refiere, no me atreviera a escribirla por no incurrir en la nota de menos puntual. Y aún con aver estado tantos años doctrinando los indios Araucanos, los de Tucapel, Paicavi, Boroa, Toltén, Imperial, Villarrica y aver discurrido por toda la tierra desde Santiago a Chiloé, aver pasado dos veces la cordillera y puesto en paz a los puelches y pegüenches, comunicado con hombres muy entendidos de sus usos, costumbres y ritos y ceremonias, y examinado diligentemente los sucesos de la guerra y acompañado muchas veces el ejército, que todas son circunstancias que acreditan mucho la verdad temo, según los pareceres de los hombres y las inclinaciones a censurar, que algunos podrán dudar en la puntualidad. Mas puedo asegurar que me he preciado de ella y afectándola con todo cuidado, ya por mi profesión; ya por mis años y ya por castellano, que en la sinceridad de la verdad y en la puntualidad tienen mucho crédito adquirido los que lo son.» (9)

Este lenguaje recuerda el estro abundante de Feijoo y las mejores páginas de las letras españolas.

(9) «Historia General del Reino de Chile», pág. 110. T. I.

Llegamos al siglo XVIII. Las cosas no han variado fundamentalmente con respecto al siglo anterior. El período de la Conquista ha sido superado en forma absoluta. El antiguo minero que era el conquistador, hombre más o menos nómada, que va donde brilla el oro o donde lo llama la gloria, ha terminado por arraigarse en la tierra, abrazado a ella por la fuerza misma de su obra. Pronto sentirá deseos de romper el aislamiento odioso que económica y culturalmente lo mantiene la metrópoli, buscando el mercado de los demás países europeos. Dos establecimientos educacionales importantes, la Universidad de San Felipe y el Convictorio de Santa Carolina, enseñan a los hijos de la oligarquía reinante el latín y la gramática, cifra máxima del saber de aquellos tiempos. Y en el fondo abigarrado de la vida colonial, jacinto azul torcido sobre el alma de los criollos, la Quintrala, mujer satánica y devota, enseña a los hombres el misterio impene-trable del amor.

Planea por sobre todo el ambiente colonial un vago y confuso sentimiento de chilénidad. Molina, desde Italia, llamará a Chile «el jardín de América», amoroso requiebro de un alma nostálgica de su tierra; y Felipe Gómez de Vidaurre, por fin, dirá la palabra plena de contenido nacional, palabra válida por todo argumento: Mi Patria. Este Mi Patria, apuntalado entre dos exclamativos, signos cordiales y anímicos, es el misterio que se nos revela, es la aparición de Chile. Oigamos hablar a nuestro primer compatriota: «Conozco lo grande del asunto—dice, al justificar en el prólogo su Historia Geográfica Natural y Civil del Reino de Chile—y veo que mis fuerzas no pueden llegar a llenar el proyecto. Con todo, yo lo abrazo por el deseo que tengo de servir al público y de hacer conocer a mi patria en su propio y verdadero aspecto.» (10) Es más. Por si alguien dudara todavía del arraigado chilénismo de nuestro compatriota, conviene que le oigamos la hermosa defensa que hace de nuestras riquezas minerales: «Cuando se despierte en ellos el espíritu de comercio y se avive la industria y se cultiven las ciencias y las artes, serán estas cosas la fuente inagotable de sus riquezas, no menos reales y verdaderas que lo que creen ahora las minas de oro, plata y cobre, que con tanto sudor trabajan para no gozarlas sino para que las disfruten los extranjeros.» (11)

Palabras son estas de un adelantado a su tiempo que bien podrían subscribir los más señalados defensores actuales de nuestra integridad nacional.

Quédanos una última disquisición para cerrar este capítulo. Nadie ignora que el mundo civilizado en el siglo XVIII fué profundamente francés en las tendencias e impulsos externos de la vida de los pueblos. Chile no escapó a esta influencia. Ahora bien, una prueba irredargüible de este general espíritu extranjero en el terreno literario, fué la asimilación de los cánones del enciclopedismo francés.

Por el enciclopedismo el arte entregó su cetro a la ciencia. Se hizo arte, pero científico, calculado, frío, arte poco artístico. Molina y Vidaurre son en Chile los ejemplos más claros de este fenómeno. Por esta razón antes que los primeros escritores chilenos pertenecientes al género poético, los

(10) «Historia Geográfica natural y civil del Reino de Chile», por Felipe Gómez de Vidaurre. Pág. 6. T. I.  
(11) Ob. c. Pág. 168. T. I.

consideramos como los iniciadores de la literatura científica nacional. Son obras heladas, ajenas a la ficción literaria y escritas según declaración de sus autores con el propósito de dar a conocer a Chile parte por parte, tal cual es, atendiendo, ante todo, a la verdad. He aquí lo que Vidaurre dice al referirse a las plantas «alimentadoras» de Chile: «Sería nunca acabar si hubiere sólo de hacer mención de todas las plantas alimentares de que usan los naturales del reino, y fuera de mi propósito, que es de no hablar sino de lo que se puede sacar algún fondo de especial utilidad o ramo de comercio.» (12) En estas palabras se simboliza el espíritu realmente anti literario de toda esta época.

La literatura en cuanto expresión de vivencias estéticas sólo aparece el año 1842. José Victorino Lastarria y José Joaquín Vallejo escriben entonces cuentos y artículos de un hondo sabor nacional. Son estos escritores quienes entregarán a la futura novela chilena los métodos y la materia. Luego Blest Gana, Daniel Riquelme, etc., culminarán el largo proceso uniendo con el hilo de la inteligencia y de la pasión creadora las páginas novelescas más auténticamente nacionales de las letras chilenas. «Durante la Reconquista», de Blest Gana, es el verdadero libro épico de nuestra historia. Miramos desde sus páginas al pasado con la misma mirada avisora de Lastarria y convengamos en que es completamente extraño a nuestra idiosincrasia, una medianoche caótica y oscura donde la nación sólo está en germen y potencia. La Conquista y la Colonia son escalones más bien de nuestra prehistoria, o mejor considerado, trozos dispersos, hijos lejanos de la España católica, quijotesca y mística de los Habsburgos.

Desde entonces hasta hoy día esta literatura novelesca ofrece un rostro histórico uniforme. Es una literatura objetiva, enamorada de las cosas y de la piel de esta tierra. Tiene mucho de documento social (costumbrismo, historia, etc.) y poco de documento espiritual y humano. En sus mejores y más acabadas manifestaciones falta el soliloquio del alma consigo misma, la concreción de tipos y arquetipos del país. Sea por la dependencia de la cultura americana al pensamiento occidental, sea por la ninguna o escasa vocación subjetiva del genio europeo, como ha observado muy bien André Gide en su estudio sobre Dostoiewski, es el hecho que nuestra literatura no ha dado todavía al chileno, de pie a cabeza, plantado en medio de una obra. Hemos conquistado el medio que nos rodea. Falta conquistar el espíritu que nos vigila por dentro. Los intentos realizados en este sentido son escasos y pertenecen a la última generación literaria. «Hombres», la novela de Eugenio González Rojas, es una obra de soliloquio y de intimidad, pero es fácil advertir en ella que una atmósfera ruso-chilena desvirtúa el drama interno de sus personajes. Otro intento, más feliz, a nuestro juicio, que el citado, es la magnífica novela de Alberto Romero, «La Viuda del Conventillo», pues el sensualismo fatal de la viuda es una de las fases sensibles de más de un tipo de mujer chilena.

Nuestro espíritu es todavía el secreto de la Esfinge, la última zona por conquistar.

(12) «Historia Geográfica, natural y civil del Reino de Chile», por Felipe Gómez de Vidaurre. Pág. 122. T. I.

Acaso lo que falta es historia, más historia, para que un día aparezca plenamente lograda en nuestra literatura la novela nacional.

#### LITERATURA DE LA CONQUISTA

El proceso de la historia americana llamado la Conquista ha sido asimilado con excesiva ambigüedad a los años de luchas continuas entre naturales y españoles por la posesión del continente, sin que nadie hasta ahora haya intentado una explicación más amplia y generosa del fenómeno. En estos estudios se ha atendido más al inventario y documentación que al espíritu y lenguaje morfológico de los hechos. Por esta razón, el conocimiento que tenemos de este trozo de vida histórica es vago y algo confuso, pues la simple argumentación bélica en que descansa es insuficiente para explicarse el alma cultural de toda esta época.

La Conquista no es para nosotros un simple hecho guerrero, según el cual españoles y naturales ocuparían todo el amplio escenario de América con sus hazañosos hechos, sino un fenómeno de radio más amplio, al que puede fijarse una hora de nacimiento y otra de muerte definitiva. Comprende casi un siglo. Iniciada el año 1493, periclitó en 1570, más o menos, fecha que con algunas escasas variantes en los distintos pueblos conquistados, puede señalarse como el preludio de la vida colonial. En todo este tiempo, tienen lugar a manifestarse en el suelo americano ampliamente los poderosos móviles individualistas vivos en el alma del conquistador, el que reviste formas características y diversas que comunican a esta época una fisonomía propia e inconfundible. Ya se verá más adelante cómo en la Colonia los intereses culturales colectivos son de naturaleza bien diversa.

Esquemáticamente consideradas las formas e intereses culturales a que hacemos referencia son las siguientes:

1.º Carácter individualista de las empresas a las Indias. Es este factor el más importante de todos y en cierto modo derivan de él los otros que enunciamos. A partir del año 1495, fecha en que los Reyes Católicos quebrantan el privilegio concedido a Colón de buscar y rescatar oro en América por cuenta del Estado, se abre el continente a la libre iniciativa de los hijosdalgos y aventureros de España. La ninguna dependencia del Estado español, por una parte, y la lejanía de América, por otra, completan la obra. Los aventureros conquistadores cifrarán en el nuevo continente la materialización de todos sus ensueños de oro y nombradía social.

2.º Carácter anárquico e indisciplinado de las empresas.—El Estado español no sujetó la conquista de América a un plan político superior subordinándolas entre sí o haciéndolas solidarias con fines de cooperación. Nada de eso. Cada empresa es en ánimo de jefes y soldados una finalidad en sí misma.

3.º Ausencia de jerarquía en las autoridades.—El privilegio concedido a Colón hacía prever un sistema jerárquico de gobierno en las Indias; no fué así; con su caída también desapareció esta posibilidad. La autoridad, entregada directamente en manos del conquistador, fué causa más tarde de graves disensiones guerreras entre los jefes por cuestiones territoriales y de dominio.

4.º Espíritu anti-estatal del conquistador.—Este fenómeno es una consecuencia última del poder que tuvo en América el jefe de conquista. Puede



decirse que casi todos los capitanes de conquista pensaron alguna vez desprenderse completamente de toda dependencia con la Corona. La rebelión de los Pizarro en el Perú es el acto más significativo de este fenómeno.

5.º Afán de oro y riquezas de los conquistadores.—Es este, como todo el mundo lo sabe, uno de los factores más característicos de la conquista de América. Las crónicas nos han dejado una abundante documentación sobre este móvil de la conquista.

6.º Apetito de honra y gloria de los jefes y capitanes de las empresas conquistadoras.—Fenómeno implícito en la quimera del oro, propia, como hemos dicho, a todos los conquistadores, cobra este sentimiento un relieve especial en los jefes y capitanes de las empresas. Pedro de Valdivia, el Capitán de la conquista de Chile, es uno de los representantes más genuinos de este extraño y poderoso desvío que la personalidad del español sufrió en América, quienes no ven cumplidos sus ensueños con la simple búsqueda de oro sino que, además, desean gloria, títulos de honor. (1)

Falta anotar en este esquema general de las distintas formas que revistió la conquista de América, que supera indudablemente el sentido misero y mezquino que hasta ahora se le ha dado a este fenómeno histórico, la condición social del conquistador. En realidad, todos los historiadores están de acuerdo en afirmar que el grueso de los soldados que vinieron a estas tierras son hijosdalgos empobrecidos o simples aventureros. Tomás Thayer Ojeda, en Chile, estudiando la formación de la raza chilena, ha dejado claramente establecida la verdad de este aserto. (2) Por su parte, Luis Moreno y Rubio, historiador argentino bien documentado y acucioso, ha consignado en el libro «Pasajeros a las Indias», en cuadros estadísticos del más alto valor histórico, la baja extracción social de todos estos soldados aventureros. (3) Es este pues un hecho comprobado.

Derivemos de este hecho todas las decisivas consecuencias que tiene en el aspecto literario. Tanto Pedro de Valdivia como Lovera y Góngora de Marmolejo, en Chile fueron escritores de esta época, a la par que soldados. Escribieron encima de la guerra y a todos sin excepción caben las observaciones histórico-culturales susocitadas. Eran hombres de escasa cultura, identificados espiritualmente con la guerra, y al escribir hicieron dos cosas bien notorias y originales: expresaron literariamente el poderoso «phatos» colectivo de la época y dieron a esta literatura una forma idéntica y común. Son, desde luego, escritores-soldados pero, dicho sea en nombre de la verdad, más soldados que escritores; hombres para quienes la guerra es el único centro normal y verdadero de la vida, y por esta misma razón, almas limitadas e ingenuas para expresar sus íntimos sentimientos. En la Colonia la cosa es completamente distinta. El escritor es sacerdote o es letrado. No participa en la guerra armada porque a todos les interesa más la conquista espiritual del indio que su exterminio. Este brevísimo esquema

(1) Hemos resumido en estas líneas las ideas esenciales de la Memoria del profesor de Historia señor Néctor Meza Villalobos, hecha bajo la dirección del señor Juan Gómez Millas, titulada «Estudio sobre las formas, motivos de las Empresas Españolas en América y Oceanía desde 1493 a 1560». La tesis sustentada por el autor nos parece profunda y verdadera.

(2) «Los Conquistadores de Chile», por Tomás Thayer Ojeda.

(3) «Pasajeros a las Indias», por Luis Moreno y Rubio.

expresa para nosotros la diferencia notable que separa a la literatura de la Conquista de la de la Colonia. Ambas épocas constituyen dos mundos antípodas que no pueden, en consecuencia, estudiarse desde un mismo prisma histórico.

El escritor-soldado de la Conquista sólo tiene un motivo esencial de creación: la guerra. Diríase que la siente a ras de corazón como un viento cálido grato al espíritu. No escribe sobre otra cosa. La guerra de la conquista de Chile ocupa en todo momento el primer plano de la creación estética. Recuérdese a Ovalle, Rosales, Molina y véase en qué medida estos escritores superan el marco estrecho de las cartas o crónicas de esta época, agregando a la descripción guerrera—que muchos escritores de la Colonia conocen sólo a través de libros—nuevos motivos de inspiración estética.

Para el escritor-soldado no existe el paisaje, ni existe el indio tal cual es; sólo existen las batallas encendidas de pólvora o las escaramuzas parciales de los soldados.

He aquí cómo Lovera hace hablar a Lautaro: «Pues entrades con la voz de Jacob y las manos de Esau predicándonos Ley de Dios y ejercitando la del demonio para dorar vuestros engaños y cogernos el oro fino de vuestras minas.» (4) Esta manera de hablar de un araucano no es ridícula del todo; el español no lo conoce y necesita atribuirle su propia cultura, así como le atribuye su mismo espíritu; lo inaceptable es que aún estemos considerando nacionales obras tan españolas que no contienen alusiones verdaderas acerca de nuestra tierra.

En todas estas obras no hay preocupación literaria de ninguna especie. Estos escritores escriben, ya lo hemos dicho, encima de la guerra, a puro pulso, alargando o restringiendo el período de la frase según sea el fluir de la sangre o el latido del corazón. No es la de Valdivia, Góngora Marmolejo y Lovera, una literatura literaria, bien peinada, sino una literatura anti-literaria en la que destaca robusto el nervio y el alma de estos hombres. A falta de estilo, de forma, exhibe, en cambio, un fuerte realismo que no hace sino corroborar el numen racial español de que es oriunda. Véase, en cambio, la literatura de la Colonia. Qué diferencia más profunda. Quien busque estilo, color, plasticidad y belleza en el decir beba largas horas en la prosa armoniosa y delicada de Ovalle, en las sabrosas descripciones folklóricas que dedica Rosales al araucano y aún en las obras del Abate Molina, quien no carece de severidad y nobleza para ir marginando con erudición y cultura su conocimiento de este país. Ovalle, Rosales y Molina ven nuestro paisaje, conocen al indio y al criollo. Nada de esto es posible encontrar en los escritores de la Conquista. Lo que los separa no son simples diferencias individuales de temperamento, sino que dos épocas distintas ineludiblemente expresadas en sus reacciones espirituales respectivas.

Aun es posible señalar otras características propias de esta literatura. Anotemos la objetividad no siempre bien pura del relato. El escritor de la Conquista que, en cierto modo, escribe para tener una merced de la Corona, jamás llega al tono meloso y aquiescente de algunos escritores de la Colonia, como Santiago de Tesillo, Oña y el propio Rosales. No transige con

(4) «Crónica del Reino de Chile», por Pedro Mariño de Lovera. Pág. 187.

nadle; a veces nos da la impresión de que no transige ni consigo mismo. Va derecho a su objeto. La realidad es para él la realidad. Lo que los ojos ven, visto queda. He aquí lo que Góngora Marmolejo deja dicho a propósito de Caupolicán en la hora de su muerte: «I este es Caupolicán de quien Arzila tanto levanta sus cosas.» La ficción estética no tiene cabida en el espíritu realista de estos hombres como ocurre en Ercilla, por ejemplo, poeta que por su educación y condición social de ningún modo puede ser estudiado como escritor de la Conquista. Ercilla no fué un conquistador sino un anti-conquistador. El mismo espíritu del Padre Las Casas y del Padre Luis de Valdivia otea y canta en sus versos. Estudiar su epopeya conforme a un criterio simplemente cronológico es desconocer el valor supremo que el sentido y el alma tienen en los hechos históricos. El escritor de la Colonia puede mentir como ocurre en Oña, en Rosales, en Santiago de Tesillos; el cronista-soldado de la Conquista, no. La realidad es para él la realidad.

En otra oportunidad, este mismo escritor, o sea, Góngora Marmolejo, tiene que referirse a Valdivia, quien se encuentra en Concepción preocupado de la guerra y de encontrar oro en las minas. Las palabras de Marmolejo acusan una imparcialidad tan prístina y digna que parece obvio encajear el valor simbólico que encierran: «También en aquel tiempo—dice—, junto a la ciudad de Concepción, se hallaron otras minas muy ricas; que en las unas y otras traía ochocientos indios sacando oro; y para seguridad de los españoles que en las minas andaban mandó hacer un fuerte donde pudiesen estar seguros. Estando en esta prosperidad grande le trajeron una bastea llena de oro... Este oro le sacaron sus indios en breves días: Valdivia habiéndolo visto no dijo más, según me dijeron los que se hallaron presentes, de estas palabras: «Desde agora comienzo a ser señor.» Sin dar gracias al Criador de todo aquello; que cierto no es credero que un hombre de tan buen entendimiento dejase de dar gracias a Dios, pues de un escudero había levantado tanto que era señor.» (5) Así son todos los escritores-soldados de la Conquista: más soldados que escritores.

Véanse además las páginas ariscas de dignidad con que Lovera alude a la hazaña de Caupolicán, tal como la relata Ercilla, del pesado madero sobre los hombros, en que consistía el título de jefe de las fuerzas araucanas, (6) o las de Bernal Díaz del Castillo, en México, en que descubre, con la sinceridad terrible del niño, el «phatos» de gloria que dominaba el alma de Hernán Cortés. (7) Para ejemplo, entendemos que esto basta y sobra.

Hemos procurado hasta aquí deslindar dos períodos de la historia y de la literatura española escrita en América. Quédanos todavía por examinar una cuestión tanto de preceptiva como de historia literaria que tiene relación con esta materia. Nos referimos a la crónica, género común a todos los escritores de esta época, cuya vida remonta en la literatura española al siglo XVII. Como género literario es de una honda prosapia española. Este nunca ha poseído virtudes sobresalientes para hacer historia de ancho vuelo, como el francés y especialmente el alemán. En cambio, la historia terre

(5) «Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año 1575», pág. 34.

(6) «Crónica del Reino de Chile», Cap. XLI. Pág. 149.

(7) «Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España», por Bernal Díaz del Castillo. Cap. I. Pág. 13.

a terre, subordinada a los hechos cuadra muy bien con su espíritu. De aquí que la crónica sea un género literario abundante en las letras peninsulares.

Veamos a grandes rasgos la evolución que este género ha tenido en la literatura española desde las crónicas del siglo XIII hasta el XV para advertir el extraño giro que tomó en esta última centuria.

Las crónicas medievales tenían por objeto relatar los hechos de los reyes, según nos lo dice la CRONICA DEL REY DON ALFONSO EL ONCENO: «Et como quier que las crónicas fueron hechas por contar los fechos de los reyes; pero por que este rrepto de estos dos caballeros fue dicho por cosa que tenía a la persona del rey, el estoriador escribió en este libro.» (8) A partir de Alfonso X, cada monarca español tiene una o varias crónicas dedicadas al relato de los hechos de su reinado. El nombre de estos cronistas no siempre es conocido.

En el siglo XV continúa cultivándose el género y bajo el reinado de los débiles Trastámara, pasan a ocuparse no sólo de los reyes sino también de los nobles.

«Reyes y nobles, desfilan en la grandiosa galería de retratos que son las Generaciones y Semblanzas de Pérez de Guzmán», (9) nos dice el señor A. Iglesias a quien seguimos casi textualmente en el interesante estudio que ha dedicado a esta materia.

En pleno Renacimiento, reinando los Reyes Católicos, y en el siglo XVI, hace estrago esta tendencia historiográfica, que en sucesivos relatos habla del Capitán Juan de Austria, Carlos V, etc., con el cronista-soldado que se desborda en América, con el español iletrado. Ahora ya no son nobles ni reyes quienes llevan a cabo los hechos heroicos, sino cualquier caudillo o soldado de expediciones conquistadoras. En consecuencia, cambia el nivel social de los temas y el espíritu de las obras.

Característico en estos escritores es el desprecio por la erudición libresca, si bien procuran exhibir la poca que poseen. Todos tienen a alto honor escribir sobre hechos reales de los que han sido actores y testigos de vista. Representante genuino de esta actitud es Gonzalo Fernández de Oviedo, en Venezuela, quien a cada instante dice que no sirven de nada la elegancia de estilo y la erudición si no se ha vivido lo que se relata: «Quanto más que (los autores pasados) no como experimentadores, como nuestros españoles, buscando el mundo, sino como especuladores, estándose quedos, hablaban a su beneplácito.» (10) En Chile, Alonso de Góngora Marmolejo, Pedro Mariño de Lovera y el propio Valdivia, acusan el mismo espíritu. El primero de los autores citados dice: «Comenzó a jugar la artillería tan bien, que metiendo las pelotas en la multitud, hicieron grande estrago y pusieron mayor temor, porque yo vide una pelota (que me hallé presente y peleé en todo lo más de lo contenido en este libro.)» En cuanto a Lovera y a Valdivia, pueden leerse las páginas 89 y 59 respectivamente de sus libros y se encontrará una comprobación objetiva de este aserto.

La continuidad del género histórico señalado no puede ponerse en duda

(8) Crónica del Rey don Alfonso el Onceno en B. A. E. T. 66. Pág. 3376.

(9) «Bernal Díaz del Castillo y el populismo en la historiografía española.» Artículo de la revista «Anales de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala». T. XII, Junio de 1936. (Págs. 436 a 444). A. Iglesias.

(10) «Historia general, natural de las Indias, Isla y Tierra Firme del Mar Océano», Madrid, 1851-55, T. III, Pág. 636. Gonzalo Fernández de Oviedo,



—nueva prueba del españolismo de esta literatura—así como tampoco cabe desconocer el espíritu popular y realista que anima a toda esta creación.

El escritor-soldado de la Conquista escribe condicionado por el ambiente y por la escasa cultura que posee. Pedro de Valdivia dos o tres veces incurrió por la cultura y lo mismo puede observarse en Marmolejo. Pese a que Barros Arana ha vindicado la extracción social del jefe de la Conquista de Chile, lo cierto es que no poseemos prueba alguna de que éste haya seguido estudios serios, los que sólo por conjeturas cree el ilustre historiador que debieron estar a la altura de sus merecimientos. Es más. El propio Barros Arana ha admitido la hipótesis de que las cartas de Valdivia no son hijas de él, sino que de Juan de Cárdenas Criada, su secretario. Materia es esta difícil de dilucidar, pero en todo caso se zanja con una simple argumentación. Valdivia fué antes que nada un guerrero—«llevarme a la guerra es encaminarse a mi centro», cuenta Lovera que dijo antes de morir en Tucapel—y esta no fué en América escuela de estrategia ni de cultura. De manera, pues, que nuestro escritor escribió de acuerdo con las premisas generales que hemos sustentado en este estudio.

Si se examina la Crónica de Lovera el caso es distinto, pero no menos fácil de resolver. En efecto, esta obra está plagada de milagros, citas históricas y mitológicas. ¿Cómo puede entonces considerarse obra típica del período de la Conquista, si esta literatura, como hemos dicho antes, está poderosamente condicionada por la escasa cultura del cronista-soldado? La contestación es sencilla. Lovera no fué el redactor propiamente de la Crónica del Reino de Chile, sino el fraile Jesuita Bartolomé de Escobar. Pasaba el sencillo soldado los últimos años de su vida en Lima cuando conoció al sacerdote de marras quien insufló un pálido destello de vida al relato, al mismo tiempo que le agregó de su cosecha el montón de supersticiones anidadas en su espíritu de creyente. Lovera puso en la obra, los hechos, la materia; el Padre Escobar, la forma literaria. Este pensamiento, que comparten José Toribio Medina y Barros Arana, nos ha llevado al convencimiento de que este escritor, desabrido y árido como pocos, encaja perfectamente dentro del período literario que estudiamos.

Los méritos y deméritos generales de toda esta literatura ya están diseñados para insistir sobre ellos.

#### LITERATURA DE LA COLONIA

La vida española en América tuvo años rudos y sangrientos y años de relativa calma y tranquilidad para los hombres. Obedeció a designios bien claros y precisos en su primera etapa y a ideales de vida complejos y distintos en su desarrollo y período de fenecimiento. El choque de dos pueblos diferentes en civilización y cultura, el español y el indio, llena casi todo el siglo XVI, convirtiendo la tierra de América en un campo de batalla donde brillan sólo la espada y el heroísmo del conquistador. Pero la guerra pasa por la vida rápidamente y no se detiene en parte determinada por mucho tiempo; cumplidos sus objetivos sobreviene la calma y el reposo. No sólo trae en su mochila vituallas y armamentos. Muchas veces trae, además, un destino propio que cumplir. Es lo que ocurrió en América. La Conquista es un ciclo histórico orgánico de la vida española desarrollada en estas

tierras y obedeció a móviles y causas bien precisas. El advenimiento del espíritu renacentista, por una parte, en todo el mundo europeo, desde el siglo XV para adelante y el estado social de la España católica y mística de los Habsburgo, por otra parte, habida consideración que es el primero de estos factores el más importante de todos, explican el sentido de la conquista de América. Tuvo un carácter individual porque el Estado Español no pudo sofrenar el ímpetu de sus soldados y tuvo un carácter de clase bien determinado.

Hemos observado en párrafo aparte estas generales consideraciones.

Al carácter privado de las empresas a las Indias y a su contenido de clase claro y distinto, debemos agregar el agudo individualismo que revistió la actividad española en estas tierras, su afán de riquezas, su mesianismo social, su actitud de rebeldía ante el Estado español. Ahora bien, el conquistador español cumplió en América este programa histórico, dejó en la base de esta tierra más de una influencia que aun palpita en el fondo común de la raza chilena, y feneció definitivamente para dar paso a imperativos históricos nuevos y tan fatales como el que encarnaba. Este nuevo período histórico es el que nosotros llamamos la Colonia, que empieza y toma cuerpo en Chile el año 1557 con la llegada a Chile de Don García Hurtado, hijo del Marqués de Cañete don Andrés Hurtado de Mendoza. Creemos no equivocarnos al decir que este jefe de la Conquista de Chile, es el anunciador de un nuevo tipo de vida en este país.

Las características culturales que emanarán con la llegada de García Hurtado de Mendoza, constituyen un apretado conjunto de formas y motivos históricos que transforman la sociedad española de aquellos años, dándole una fisonomía propia e inconfundible.

Las estudiaremos en este ensayo, parte por parte, con el criterio objetivo más parco posible.

1.° Presencia del Estado español en Chile.—Los primeros años de la Conquista están caracterizados por un fuerte sentido individualista. El capitán de empresas y los soldados obran a entera voluntad, de espaldas al Estado español, obedientes al sino egocentrista de sus almas. Aquí reparten encomiendas, crean cabildos a su imagen y semejanza, crecen desmedidamente. Sienten la conquista de Chile como obra de su esfuerzo, paternalmente. De ninguno de ellos puede afirmarse que no haya intentado de hecho como Gonzalo de Pizarro, o de palabras como hay documentos que lo prueban en el caso de Valdivia, Cortés, etc., desprenderse de la Corona. América es el destino del Conquistador y esto pesa. Pero pronto sintieron la necesidad de legitimar las conquistas, estableciendo contacto jurídico con la metrópoli. Valdivia lo hace después de cinco años en Chile. Cortés lo hizo del mismo modo. Las palabras con que hablan estos soldados son harito reveladoras del estado de sus espíritus. machihembrados, diríamos, a las tierras que habían conquistado. Recargan en sus palabras la nota patética y de Cartas que fueron se convierten en verdaderos memoriales de servicios prestados a la Corona.

Con la llegada a Chile de García Hurtado se incorpora el Estado español en el Reino. Este jefe conquistador trae provisiones reales que lo acreditan como legítimo Gobernador, o por lo menos, admitida la hipótesis que el se-

ñor Crescente Errázuriz plantea en forma tan clara en su libro sobre Francisco de Villagra de que este nombramiento sólo trae el visto bueno del Virrey del Perú, a la sazón Andrés Hurtado de Mendoza, su padre, su autoridad está revestida de una aureola legal muy superior a la de los gobernadores anteriores que sólo son nombrados por los cabildos del reino. García Hurtado de Mendoza tiene clara conciencia de este hecho y es así como procede en Chile en forma enérgica y arbitraria, sin respetar las encomiendas y repartos hechos por Villagra o por Valdivia. Con este hecho se crea, además, en el Reino la lucha entre el conquistador y el poblador, la que termina más tarde con el predominio de este último. Los cronistas Lovera y Marmolejo han dejado testimonios fehacientes de todos estos hechos enunciados. Estando Don García en Imperial, «dió orden—dice Lovera—en repartir las encomiendas de la misma ciudad... poniéndolas en cabeza de las personas que pareció más beneméritas a juicio de los cuatro consultores que para esto había disputado como se ha dicho al principio de este capítulo removiéndolos algunos encomenderos nombrados por su antecesor Francisco de Villagrán; por haber sido gobernador electo sin autoridad ni nombrado por alguno de los visorreyes del Perú sino por sólo los cabildos del reino. Y así habiendo consultado esto con personas graves y habiendo resolución en que no eran válidas las dichas encomiendas hizo nueva distribución sin atender quienes eran poseedores sino solamente quienes eran merecedores.» (Crónica del Reino de Chile. Libro II, pág. 233.) Este cronista-soldado que citamos expresa en forma nítida la impresión de que esas medidas no producen buena impresión en el conquistador que es Lovera. Recoge en boca de una página del libro la triste verdad y la crítica sin vacilaciones. Más adelante dice refiriéndose a los cambios hechos en el Reino por García Hurtado: «toma de pareceres de letrados mandó dar pregones con trompetas en que se notificaba a todos que las encomiendas de vecinos de Concepción estaban vacas, y se habían de repartir en los nuevos pobladores: por haber sus propios encomenderos desamparado la ciudad fatigados de los enemigos sin haber en ellos fuerza bastante de echarlos della por punta de lanza, si los vecinos quisieran resistir con la obligación que tenían, conforme lo habían hecho los demás moradores de esta y de otras ciudades en semejantes coyunturas. No fué pequeña la tribulación y desasosiego que causó a los desventurados vecinos el verse despojados de sus haciendas al cabo de tantos años de sudor.» (Pág. 227.) Es la autoridad ejercida en estas tierras con clara conciencia de su legitimidad y prestigio. Instructivas son en grado sumo las palabras despiadadas que dice Marmolejo que dijo el joven jefe a su llegada a Chile frente a los viejos soldados conquistadores: «Luego mandó se juntasen todos los que andaban en el campo que les quería hablar, puesto en frente de los que cupieron en el aposento, les dijo entendiesen de él, que a los caballeros que del Pirú había traído consigo no lo había de engañar, y que les había dar de comer en lo que hoviese; porque en Chile no hallaba cuatro hombres que se le conociese padre; y que si Valdivia los engañó o Villagra que engañados se quedasen: y en el cabo de su plática les dijo: «¿En qué se andan aquí estos hijos de las putas?» (Cap. XXXVII de la Historia de Chile, de Marmolejo. Pág. 80.) Esta lucha entre el conquistador y el poblador también se planteó en México como nos lo dice Bernal Díaz del Cas-

tillo en algunos capítulos de la «Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España».

La presencia del Estado español en Chile es un hecho de trascendencia histórica. Puede decirse que de él derivan lógicamente las distintas formas que revistió más tarde la vida española en esta tierra. España volcó todo su contenido e intereses en la sociedad de entonces y ésta sólo fué vaso o recipiente que la contuvo. Cambios importantes de sentido y posición histórica derivan directamente de él.

2.º Predominio del sacerdote y del letrado sobre el conquistador.—Con el advenimiento del Estado en el reino de Chile se produce también un fenómeno social importante: el contenido de clase de la Colonia, muy distinto y opuesto al de la Conquista. El soldado aventurero, para quien las armas son un medio de ascenso social, se ve insensiblemente desplazado por un nuevo tipo de hombre: el sacerdote y el letrado o capigorra. Contribuyeron a la formación de este hecho la creación de la Real Audiencia el año 1590 y la llegada de los jesuitas el año 1593. Estos hombres entran a predominar en la vida social de la época, a tal extremo que bien pueden ser considerados los hacedores y verdaderos protagonistas de la sociedad española de los siglos XVI y XVII en este país. Debe destacarse que Don García Hurtado de Mendoza fué el introductor de este nuevo espíritu, como queda claramente expresado en las frases lapidarias que en la ciudad de Cañete dirigiera a los soldados conquistadores. Ya han sido citadas y sería innecesario repetir las. El fenómeno iniciado por Hurtado de Mendoza se afianza vigorosamente con el nombramiento hecho por Felipe II de los tres oidores enviados a dirigir el Gobierno del reino. Comenta Lovera: «Y estando su Majestad el rei don Felipe II desde nombre informado de las cosas de Chile, acordó de enviar oidores que atendiesen así a las cosas de justicia como al gobierno del reino. Porque como los gobernadores pasados eran hombres que habían conquistado la tierra, habían siempre opositores y no altaban por una parte émulos y por otra demasíadamente parciales. Y para poner remedio a todo esto y autorizar más la tierra proveyó Su Majestad nuevo orden en el gobierno enviando para ésto tres oidores llamados el uno el Licenciado Torres de Vera, y el otro el licenciado Egas Vanegas y el licenciado Sierra, el cual murió en el camino en la ciudad de Panamá.» (Crónica del Reino de Chile. Pág. 307-308.) Más tarde la presidencia de Chile es puesta en manos de hombres cultos venidos directamente de España—de Bravo de Saravia dice Lovera: «que era hombre muy docto en derecho, graduado de doctor con mucha aprobación de todos—quienes terminan por completar la obra, junto con los sacerdotes, iniciada hace tiempo por Don García Hurtado de Mendoza.

Se nos ocurre ver dramáticamente enunciado el momento en que el último jefe conquistador, don Rodrigo de Quiroga, capitula amargamente su dominio de la tierra de Chile para entregarlo en marcos del hombre culto y letrado que entra a reemplazarlo en el gobierno, en el siguiente vívido y patético cuadro descrito por el mismo Lovera: «Llegados los dos oidores de Chile pusieron su tribunal en la ciudad de la Concepción, por estar en medio de todo el reino, usando para esto de las ceremonias ordinarias en semejantes coyunturas. Para lo cual hicieron un cadalso en la plaza principal adonde llevaron el sello real en un caballo ricamente aderezado, y



debajo del palo como es costumbre y allí lo recibieron los oídores con el aparato y gravedad que para tal caso se requería. A todo esto estuvo Quiroga en el suelo y en pie entre los demás no poco sentido de que no se hiciese caso de su persona, ni faltando quien le estuviese incitando a que no pasase por ello y persuadiéndole a volver por sí, ya que Su Majestad gustaría dello; pero él como hombre cuerdo no quiso hacer otra mudanza más de irse a su casa, saliéndose de allí con algunos amigos suyos. Otro día yendo los oídores a la iglesia mayor acompañados a misa solemne de todo el pueblo, llegaron algunas personas a suplicarles señalasen lugar honroso a Rodrigo de Quiroga, pues acababa de ser Gobernador y era razón hacer caudal de su persona : a lo cual respondieron que se podía sentar en un banco con el Corregidor adonde mejor le pareciese.» (Crónica del Reino de Chile. Pág. 308.) Vemos en este cuadro el momento simbólico en que el hombre de la Conquista cede el dominio de la tierra al hombre de la colonia.

Del factor analizado derivanse consecuencias notables para el destino de las letras. Ahora se escribe lejos de la guerra, con el corazón en calma. Sacerdotes como Ovalle, Molina y Rosales, hombres cultos como Pineda y Bascuñán y Santiago de Tesillo, toman la pluma y hacen su comentario de los hechos y cosas de esta tierra empapados en el complejo ambiente de la Colonia, y con criterio y sentido artístico, por añadidura. Son hombre cultos y pueden hacerlo. Hay escuelas y bibliotecas creadas por el fervor sacerdotal y hay iglesias donde refrescar el espíritu férvido de los creyentes. La Conquista con toda su esencia guerrera no se ha ido definitivamente del país, pero ya no ocupa el primer plano de la vida histórica. Es un elemento residuo, sin vigencia histórica, encajonado en las regiones aledañas al Bio-Bío.

3.º Extinción del indio.—Formación de la raza chilena y de la vida colonial.—El soldado conquistador pretendía, como ya hemos visto, hacerse rico en América. Su espíritu aventurero y mesiánico eligió en esta tierra la profesión más en armonía con sus complejos espirituales. Se hizo minero. Las labores agrícolas no le interesaron sino en la medida en que eran necesarias para el sustento diario. Su espíritu anti-capitalista lo incapacitó para crear verdaderos núcleos de trabajo y jamás pensó en utilizar el indio con fines de colonización. Por el contrario, procuró su exterminio, explotándolo de sol a sol en las minas y lavaderos de oro o dándole muerte en las batallas de todos los días. Es así cómo ya al final del siglo XVI el indio si no había desaparecido, contaba un escaso número en la vida colonial.

Vemos en este hecho una de las formas culturales de la Colonia más trascendentales. Faltó ahora al español la mano de obra, la fuerza creadora de trabajo. Los españoles y mestizos eran pocos para explotar en vasta escala la riqueza minera del territorio. El español se ve obligado a buscar otras fuentes de vida y dirige su mirada a la tierra concentrando su interés en la agricultura. De minero que fué durante la Conquista deviene en agricultor. Esto significa que el espíritu de la economía española del siglo XVI experimenta un cambio profundo en los siglos XVII y XVIII. La tierra atrajo hacia sí al español y éste terminó por echar raíces en ella. «La vida rural, la dedicación a los cultivos y a la ganadería—dice a este respecto

el economista chileno Carlos Keller (1)—le imprimen al individuo un carácter diferente.» Las relaciones del conquistador y el indio que habían sido en un principio de amo a siervo, se convierten ahora en patriarcales. El resultado de todos estos hechos fué la lenta formación de la raza. El español se une al indio constituyendo a la larga el subsuelo étnico del pueblo chileno.

Este hecho que enunciarnos en sus líneas generales tiene en los cronistas de la época claro testimonio. Citaremos un solo ejemplo. Lovera relatando hechos acaecidos allá por el año 1583, comenta : «De aquí se fué el mulato Meregüano donde se juntó seis mil indios que para estos tiempos eran excesivo número así por estar muy diestros en las batallas como por haber ya tan pocos en el Reino.» (Crónica, pág. 418.)

Entraña la característica anotada una de las formas objetivas más típicas de esta época. Con la radicalización del español en tierra chilena germina en el espíritu de los letrados un agudo deseo de adentrarse en la vida del reino que poblaban. Miran sus valles, el paisaje de la zona central con exaltado cariño y entusiasmo. Alonso Ovalle, en el terreno literario, es el primer prosista de esta tierra y en su obra alternan tanto la rica sensibilidad que poseía como el bello espectáculo de nuestro paisaje. El Padre Rosales, incursiona en las tradiciones folklóricas del indio con sentido artístico e histórico del más alto valor. Son otros tiempos: la literatura también es otra.

La sociedad, por otra parte, se ve incrementada con un nuevo tipo de hombre : el criollo. Sus virtudes y defectos tampoco escapan al ojo vigilante de los escritores de la Colonia. Tanto Ovalle como Rosales y Vidaurre, especialmente este último, penetran con certera intuición psicológica en su íntimo sentido humano.

Nace la vida social. Las ciudades, sobre todo la capital del reino, tienen una fisonomía propia y original. Parece innecesario subrayar con más detalles la verdadera peripecia histórica envuelta en el factor estudiado : la extinción del indio.

4.º Espíritu evangelizante del hombre de la Colonia.—El espíritu exaltado y aventurero de los soldados conquistadores, movido únicamente por la desenfrenada pasión del oro, creó en América un ambiente cósmico de naturaleza esencialmente bélica. Nadie escapó a su influencia. Todos quieren crecer; nadie deja de matar. La realidad histórica tiene sus fatalismos y éste es uno. Es así como los pocos sacerdotes que pasaron a Chile en el período de la Conquista, sin quererlo, cambiaron la sotana por el sable y la espada. No podían hacer hacer otra cosa. Sus individualidades estaban absorbidas por el complejo ambiente. Los ideales evangelizantes del Estado español se ven frustrados en el comienzo mismo de su obra. Dice Lovera refiriéndose a un encuentro con los indios cuando la reedificación de la ciudad de Concepción: «Entonces se vieron perplejos los cristianos, dudando si sería más acertado salir a los enemigos o aguardarlos en el fuerte. Y estando en esta consulta dijo un caballero llamado Hernando Ortíz de Carabantes, que sería acertado meterse en un navío que estaba en el puerto,

(1) Carlos Keller, «El Espíritu de la Economía Chilena», Rev. Cifo. 1934.

o por lo menos poner en él todo el bagaje y pelearse con determinación de que en caso que les fuese mal, se recojiesen todos a la nave, pues eran tantos los enemigos. A esto respondió el clérigo Muñoz Abrego: Paréceme señor que ya estais cisgado; de la cual palabra se picó el Hernando Ortíz y le dijo: Pues, Padre, tened cuenta con mi persona, y conoceréis como no lo hacía por mí sino por toda esta gente que está delante. Y la resolución de la consulta fué salir cincuenta de a caballo y oponerse a los contrarios quedando los demás en guarda de la fortaleza.» (Crónica, pág. 182.)

El ardor de la guerra coge al fraile Núñez de Abrego: «Y así combatieron el fuerte con gran vigor y arrojamiento, saltando dentro por diversas partes; donde anduvo la folla tan sangrienta que morieron allí 15 españoles y llegó a tanto el tesón de los indios que vinieron a ganar la (sic) alcázar echando fuera a los españoles. A todo esto estuvo el clérigo Nuño de Abrego con su espada y rodela a la puerta de la fortaleza arrimado a un lado, y al otro Hernando Ortíz sin apartarse ninguno de los dos un punto de su puesto sobre apuesta. Más por estar picados entre sí que por picar a los enemigos aunque en efecto hicieron tal estrago en ellos que pudiera cualquiera de los dos aplicarse el nombre de Cid, sin hacerle agravio.» (Crónica, pág. 183.)

Es también elocuente el comentario que transcribimos de la Historia de Marmolejo, a propósito de las acciones guerreras que se sucedieron a la fundación de la ciudad de Santiago: «Considerando que pues no los habían podido desbaratar hasta allí menos lo harían viniéndole socorro y que les habían muerto trescientos indios y que peleaban tan valientemente viendo (los) golpes de lanzas y cuchilladas que les daban tan bravas, en especial un clérigo natural de San Lúcar llamado Lobo, que así andaba entre ellos como lobo entre pobres ovejas.» (Historia de Marmolejo, pág. 8.)

El sacerdote de la conquista se convirtió en soldado y no cumplió el papel que el Estado español le asignara, por obra del ambiente cósmico y bélico en que actuaba.

A fines del siglo XVI este orden de cosas cambia radicalmente. La presencia en el reino del Estado español, esto es, de hombres cultos nombrados directamente por la Corona para servir la presidencia y gobernación de Chile, así como la llegada de los padres jesuitas, de tan decisiva influencia en la vida social de la época, permitió a España cumplir en esta tierra su verdadero objetivo espiritual: la evangelización del indio. Estos hijos de San Ignacio de Loyola como los ha llamado Unamuno, dueños de una vitalidad religiosa y económica desde todo punto admirables, con la cooperación de otras órdenes sacerdotales, crean en Chile el ambiente colonial. Ellos pusieron la primeras piedras del edificio social chileno: «aquí fundaron su colegio habiéndose hospedado casi un mes en el convento del glorioso Patriarca Santo Domingo, donde fueron agasajados con gran caridad y regalo, saliendo con estrecha obligación de esta Santa Casa, y por tenerla ya los padres propia, pusieron sus escuelas de latinidad para educación de la juventud que fué echar el sello a la buena obra que los padres hacían y al deseo con que anhelaba todo el reino de ver sus hijos en esta ocupación tan importante.» (Crónica, página 444.)

La extraordinaria vitalidad económica y capacidad de absorción de los jesuitas, terminó, como sabemos, con su expulsión del reino el año 1767.

Pero ya lo habían hecho todo. La vida colonial, con o sin ellos, giraría en torno de la obra por ellos realizada.

Tanto Ovalle como Rosales han dejado claro testimonio del espíritu religioso de la Colonia. Las largas y abigarradas procesiones por las calles polvorientas de Santiago, el recargado formulismo de la vida en los Cabildos, en la Universidad de San Felipe, etc., ponen una nota pintoresca en la vida colonial. La literatura se impregna de justicia y amor por el indio. Uno de los escritores más conspicuos de esta época, el Padre Rosales escribirá frases candentes, revolucionarias para su tiempo, criticando el abandono y el trato que el español, a pesar de todo le da aún al indio.

El espíritu evangelizante y su derivado, el amor y compasión al indio es una de las características profundas de la Colonia. Emanan de su fondo mismo. Por esta razón, el Padre Las Casas es un anti-conquistador, un extranjero de su tiempo. Y descansando en este mismo argumento, por una parte, y en la condición de clase de Alonso de Ercilla y Zúñiga y de Pedro de Oña—enemigo este último del indio, pero hombre entendido en latines y enredos de Corte—los hemos vinculado a la literatura colonial pasando por encima del criterio histórico puramente cronológico.

Es el sentido, el espíritu, lo que decide en la historia. No son los hechos. El espíritu de Oña y Ercilla es el mismo espíritu de la Colonia. Obsérvese el «Purén Indómito» de Alvarez de Toledo y colijase de su lectura si la levadura espiritual de este hombre no enraza más con la Conquista que con la Colonia. El juicio se inclina evidentemente a clasificarlo dentro del primero de los ciclos históricos citados. Lo hemos dejado, sin embargo, en este cuadro dentro de la Colonia, incapaz de desprendernos del peso venerable de la rutina.

Que estas breves líneas sean una justificación de la clasificación hecha.

5.º Carencia de vida espiritual propia.—Se sabe que la metrópoli mantuvo a sus colonias americanas enclaustradas económicamente y culturalmente. El paso de España a las Indias—y de las Indias a España—estaba sujeto a una rigurosa fiscalización impuesta por este espíritu y a disposiciones reales perentorias desde tiempos de los Reyes Católicos hasta Carlos III y IV (véanse págs. 29 y 33 de la Historia Colonial de Chile, de José T. Medina), que coartaban la vida independiente de las colonias y el libre vuelo del pensamiento. Los hombres viven como apretados dentro de un corsé. El Estado español por estas disposiciones reales se vació íntegro en el reino. Se prohibió por real decreto escribir a los indios. «Pero no era sólo ésto—comenta el señor José Toribio Medina—. Por mandato de los reyes de España se prohibió bajo las penas más severas que los colonos de América leyesen lo que se dió en llamar libros de ficción, poesías, novelas, dramas, etc. No había medio de leer a Cervantes, Vega, Quevedo, Moreto.» (Historia de la Literatura Colonial, pág. 27.) La personalidad del hombre de la Colonia se estructura de esta manera a imagen y semejanza del Estado español.

Es así como los españoles de la época son todos profundamente religiosos y hasta creen contaminarse de herejía en su trato con los extranjeros. «Oña mismo—dice Medina—no trepidaba en afirmar que los ingleses tenían merecido el infierno.» Se vive en Chile pero se siente en español.

La vida de las ciudades, especialmente Santiago y Concepción, está im-



pregnada de este espíritu religioso emanado de la Contra-Reforma. Las calles parecen llenas de sueño y silencio. Vida monótona y somnolienta es ésta, interrumpida, fuera de la guerra araucana, por la entrada de los gobernadores, por las frecuentes fiestas religiosas, por las competencias entre las diversas autoridades o estudiantes de la Universidad de San Felipe, hechos que interesaban a la sociedad entera y que constituían la única manifestación de la vida social. Más que vida era aquello un largo y obscuro bostezo de los espíritus.

Así y todo este enclaustramiento espiritual derivó con el tiempo en rica capacidad sensitiva para acoger estímulos de otras fronteras. De subordinado espiritual a la metrópoli, el español se convirtió, sobre todo en el siglo XVIII, en subordinado espiritual de otros países más avanzados en ideas y cultura que España. En este sentido, debemos destacar el hecho que todo el siglo XVIII fué francés en Chile en las manifestaciones más externas de la vida social. (2) Literariamente los representantes más genuinos de la influencia citada, operante en esta época, son Felipe Gómez de Vidaurre y el Abate Molina, por el espíritu científico y antiliterario impreso en sus obras.

De estos hechos tan sucintamente enumerados, pueden inferirse conclusiones literarias que ya han sido expuestas a lo largo de este trabajo, pero con el mérito de ser definitivas.

Es uno el carácter religioso de esta literatura escrita en su mayor parte por sacerdotes.

Su ausencia absoluta de todo contenido nacional, es la otra deducción que podemos sacar de las premisas sentadas. Y por otra parte, con el nacimiento de la vida social se inicia en esta época la poesía lírica, cuyo cauce riguroso es el romance y cuyos principales motivos de inspiración son herencia directa de la historia de España. El señor Julio Vicuña Cifuentes ha pergeñado gran número de estas manifestaciones líricas, anejas al mundo social de la época, cuyo cauce, como hemos dicho, es el romance, y en las que el acento poético incide indefectivamente en el españolismo del fondo y de la forma.

La obra de España durante la Conquista y la Colonia en Chile, se completó eficazmente. En la Conquista arrasó casi totalmente con el elemento de color, quien devino en mestizo y en la Colonia puso una lápida mortuoria sobre todas las posibilidades históricas que podrían emanar de una fuerte influencia racial indígena, si se hubiera establecido entre ambas culturas un pequeño nexo de continuidad. Es así como la literatura de la época, que hemos clasificado con los nombres de literatura de la Conquista y de la Colonia, por imposición misma de los hechos históricos tiene en su más íntima célula vital un sentido profundamente español.

---

(2) Don Eduardo Solar Correa en su libro «Samblanzas Literarias de la Colonia», dice a este respecto: «Conviene no olvidar que el Siglo XVIII fué en España un siglo francés y que la influencia transpirenaica, rebasando los límites de la Península, se vació sobre los dominios de ultramar.» «Hacia fines de la Colonia se abren en Santiago salones literarios remedo de los franceses y hasta tuvimos una compañía dramática.»

## Vicuña Mackenna en California

### Tránsito de la vida colonial al mundo moderno

P O R

TOMÁS LAGO (1)

Todo viaje fuera del país natal es una aventura personal que se ejercita sobre el mundo. Hasta el momento de cruzar las fronteras de la patria hacia el desconocido exterior, vivimos en un elemento que nos es afín y de cuyo conocimiento disponemos, por lo tanto. Más allá de estas fronteras empieza lo extraño a nosotros mismos. Esto siempre ha sido así, es verdad, pero a medida que se retrocede en el tiempo histórico esta aventura sobre el mundo que desconocemos adquiere caracteres más dramáticos para el viajero.

Entre el horizonte cuadrangular poblado de demonios y de fuerzas oscuras que conoció Marco Polo y las grandes rutas aéreas de nuestros días ha transcurrido el proceso de unidad que el hombre se ha ido forjando del planeta. ¡Cuántos esfuerzos, sobrellevados de qué manera, entraña la conquista de la unidad geográfica! Bien lo saben los héroes formados en su dura y vasta soledad. Si una aureola luciente corona la frente de los grandes capitanes es porque la gente admira en ellos a quienes han vencido los límites mezquinos de la vida ensanchando la realidad de su época con recursos humanos emanados de las solas fuerzas individuales.

Ahora bien, ¿hasta qué punto intervinieron en el cumplimiento de estos destinos heroicos la idea personal que los descubridores tenían acerca de lo desconocido? Esta idea, aunque haya sido errónea indudablemente, fué el eje de su acción. Y aquí hay que hacer notar que casi todos los grandes descubrimientos fueron errores gloriosos, como el de Magallanes, como el de Colón. La idea de lo desconocido constituye, pues, la materia prima del héroe geográfico y la diferencia que hay entre su idea y la realidad física es lo que dá cuerpo, en rigor, a los descubrimientos, pues descubrir lo que se buscaba parece que no fuera exactamente descubrir lo geográfico que es lo físico por excelencia, objetivo y conciso, la noción de descubrimiento parece que incluyera encontrar además de lo desconocido lo inesperado emergiendo del espacio sin nombre.

La idea de lo desconocido, he aquí entonces la substancia del descubridor. Y en cada viajero que abandona la patria por primera vez existe siempre este mismo proceso del descu-

---

(1) Este ensayo obtuvo el segundo premio en el concurso de C. B. 54, Radio Sociedad Nacional de Agricultura.

brimiento basado en la confrontación de la idea que éste tenía forjada del extranjero con la realidad misma encontrada.

¿Cuál era la idea que tenía del mundo civilizado un viajero chileno a mediados del siglo pasado? La comparación de esta idea con la escueta realidad, ¿qué significado preciso pudo tener para él en apariciones inesperadas y en sombrías ausencias?

Chile era entonces, más que ahora, un país lejano situado en un extremo inferior del mundo, casi fuera de la historia; ir hacia el otro hemisferio significaba entonces como nunca entrar en la historia misma, es decir, en el terreno privado genealógico de la civilización.

Entre el año 1853 y 1855 Benjamín Vicuña Mackenna, chileno del siglo XIX, hizo este viaje anotando minuciosamente sus impresiones como lo habría hecho, en la antigüedad, un circunnavegante, en su libro de bitácora. El llevaba también su idea sobre los países desconocidos, más aun, su formación intelectual provenía de los mandamientos y convenciones elaborados por esa civilización que él iba ahora a visitar, y en este orden su viaje era casi un retorno al lar ancestral. Su idea era immaculada y completa, pues era un espíritu atento y tenía 22 años. Ahora bien, ¿qué partes fueron correspondientes y cuales no en este cotejo del mundo ideado y el mundo real? ¿A qué quedó reducida aquella idea immaculada y completa al contactarla con la cruda realidad?

Todas estas preguntas obtienen una respuesta posible, fugitiva, involuntaria y a veces patética en las memorias de Vicuña Mackenna.

Por su inclinación personal, la orientación de sus estudios y su propio temperamento, al mismo tiempo que por las influencias de su época y del medio social a que pertenecía había intuido un mundo en imagen correspondiente a su concepción emocional de la vida, la apariencia de la tierra plana de los antiguos. Sin embargo, a través de su viaje las cosas perdieron poco a poco su engañosa consistencia estática y cobraron, en cambio, un vertiginoso y cruel desorden en torno. El mundo era de otro modo que como lo había concebido.

Pero Vicuña Mackenna, como los mejores héroes después de los largos y penosos trayectos, supo volver al punto de partida inicial, a la costa rosada y decorosa de su ideal terrestre.

Este joven romántico partió al extranjero recién salido del colegio y a consecuencia de su primera aventura revolucionaria. Abandonará su patria en su actitud preferida, aquella que le sale del corazón. Va a cargo de un barco de su padre cargado con harina; navega con destino a San Francisco. Al crepúsculo de las costas de Chile «tan lleno de colorido y de tristeza» su alma siente que algo inmaterial que significa la

patria responde a ese adiós acongojado del que parte por primera vez.

El alma es su individualidad más directa. A ella recurre cada vez que está conmovido por un sentimiento profundo. Ahora, sólo su alma puede comprender ese adiós que le envían, a través del mar, las costas de Chile. Más tarde como un astro de consuelo, lentamente, aparece la luna entre las nubes opacas de la noche, «como entre las ruinas de un castillo medioeval». Reclinado sobre el borde de la popa ve deslizarse las aguas bajo la quilla del buque como blancas guirnaldas que se van renovando sin cesar. La monotonía de la vida de a bordo le ha hecho adquirir un hábito de silencio y de meditación, «reflejo de aquel mudo e inmenso espacio en que bogaba.»

La despedida, el abandono, la soledad le rodean como en el canto I de Childe Harold. Después de muchos días de navegación una tarde dos grandes aves marinas, «viajeros errantes, como él, en busca de otro clima y otro nido», vienen a posarse sobre los mástiles. Durante dos o tres días repiten su visita, pues parecen llevar el mismo rumbo, y luego desaparecieron. No queda más que el fastidio del tiempo vacío, los días iguales de la navegación. El aburrimiento se aproxima, tímidamente primero pues un viento favorable empuja el buque hacia su destino, como una bestia del mar un día entero de calma chicha.

«Eran las 12 del día cuando la calma se hizo completa, la mar quedó paralizada y el cielo limpio hasta de las más leves sombras. Apenas un ligero claro azul permitía distinguir donde comenzaban y donde se extinguían los horizontes de el Océano y el firmamento.» Mientras los 12 hombres de la tripulación echan maldiciones por este contratiempo, el viajero, desde el puente, contempla el buque de su padre, aprisionado en un mar sin olas ni pliegues, balanceando su masa muerta, con sus velas a la bolina y halla que se parece «a un cisne colosal a quien alguna bala hubiese herido y le impidiera desplegar sus alas».

Como siempre que se encuentra ante una fuerza insuperable, la alegoría romántica reconforta su ánimo. Los marineros italianos juran y blasfeman más que nunca. Vicuña Mackenna no oye sus juramentos. Este día en blanco es un espectáculo nuevo para él y contrasta con un día de tormenta desatada habido días antes, además concuerda extrañamente con su estado anímico. ¿A dónde va? Va hacia un mundo desconocido empujado por circunstancias adversas. Con delectación dolido piensa en la palabra que lo determina: es un proscrito que marcha hacia el destierro. Un día de calma chicha conviene a la ordenación de sus pensamientos. Una vida distinta a la llevada hasta entonces lo espera al final de este viaje, otras gentes, otras costumbres, otro idioma. Viene del último rincón del mundo colonial español y va hacia los grandes centros civilizados.



¿Qué va a ocurrirle donde vá? Ese mundo deslumbrador conocido a través de los libros donde se han formado las convenciones humanas que constituyen la civilización, empieza al final de este viaje. Este viaje es la confrontación práctica de la clase de historia y geografía del Instituto.

En los mapas la línea ecuatorial está marcada con una gran línea roja; van a cruzar la línea ecuatorial. Los marineros se aprontan para bautizar con el baño de rigor al viajero que por primera vez pasa del hemisferio sur al hemisferio norte. Pero Vicuña Mackenna, que tanto amaba las fórmulas significativas, carece de entusiasmo para cumplir con este sacramento del mar, y les reparte dinero y les promete una doble ración de vino para Pascua con tal que lo liberen del remojón tradicional.

Su imaginación intelectual debe estar viendo en ese momento cómo el buque sube por el globo terráqueo, cómo del tamaño de un juguete se aproxima a esa línea roja del ecuador, entra en ella y la pasa. En otra ocasión habría aceptado gustoso el bautismo de Neptuno, dios del mar, él que era amigo de los dioses, pero, ahora, asomado en la borda con su rostro apoyado en ambas manos, lejos de los suyos, sólo desea estar tranquilo y soñar.

A los 47 días de navegación divisan, por fin, la desembocadura del Sacramento. El viaje ha terminado, y con él los días de contemplación. En verdad, nunca había estado tantos días inactivo; 47 días sin hacer nada. Se despereza, quiere desembarcar cuanto antes. Los sueños deben quedar atrás, la dulce emoción de la partida, los quebrantos del alma, la nostalgia de la patria que lo han ocupado por entero durante el viaje deben volver a ser sólo la mitad de sí mismo. Porque él está formado de una mitad difusa y una mitad concreta. La mitad difusa está compuesta de elementos gaseosos, a menudo ardientes, prontos a desbordarse sobre la otra mitad. Ahora, al desembarcar, todo está en orden de nuevo, a Dios gracias, pues durante 47 días, la parte difusa, tibia apenas, sin echar llamas lo ha envuelto, sin embargo, en una nube de humo blanquizo; vacía nostalgia.

Aprovecha el bote que viene a dejar al práctico para embarcar en el paillebot del puerto a fin de llegar a tierra esa misma noche, está inquieto por la proximidad del primer contacto con los Estados Unidos, en cierto modo con el ánimo dispuesto a agradables sorpresas.

Anochece cuando llega al paillebot, trepa de un salto la escalera, el capitán está en el puente, se halla por fin en las puertas mismas de San Francisco y el movimiento de bajar al bote y luego de subir al paillebot le han reintegrado su desenvolvitura. ¡Ejem! estira las piernas, pero el capitán bajando del puente del paillebot viene a enfriar su naciente optimismo. Sin decirle una palabra ha mirado al recién llegado con la más perfecta indiferencia «como si sus remeros hubieran ti-

rado sobre cubierta un fardo de kimones». Es un americano. Está en California.

De mala manera le dan a entender que no desembarcarán hasta el otro día. No hay más que resignarse. Se echa en un camarote a dormir. Sí, está en California. Como a las tres de la mañana bruscamente lo remece un mocetón de paletó amarillo con una cartera en la mano, para preguntarle de dónde venía, qué traía, quién era, etc. ¿Es un empleado de la aduana? No, es un reporter. Bien se vé que está en California.

A las 6 de la mañana baja a tierra con el capitán, el cual se separa de él en el muelle sin mirarlo siquiera. Vicuña Mackenna en un movimiento espontáneo se adelanta sin embargo y le da las gracias por el desembarco. Extrañado el capitán de que creyera que le había prestado un servicio lo mira con detención, se encoge de hombros, sonríe por último y le da la mano. El desembarco valía 80 dólares. Está en San Francisco de California.

Santiago en aquella época era la típica ciudad colonial. Grandes casas de adobes con zaguán, muchas iglesias, acequias de agua corriente al borde de las aceras, el fru-frú de los álamos en la alameda, el basural en el Mapocho. A la hora de la siesta ni un alma en la ciudad, sólo algunas gallinas que cacareaban acá y allá picoteando el pasto florido que salía por todas partes. De tarde en tarde atravesaba la paz espesa el chirrido agudo de una carreta de bueyes que aparecía dando barquinazos. Tocaban las campanas conventuales al atardecer y pronto mujeres de manto salían a la calle. Por las noches algún reverbero de parafina se encendía a veces en ciertos caserones de grave aspecto.

Las frutas no se vendían, se intercambiaban más bien como regalos, en grandes cestas, entre los dueños de casa, que casi todos tenían huertos. Los artículos de vestir se producían por lo general en las haciendas. Era la vida plácida, el dominio del campo, el señorío. Algo sustancioso voloteaba en la atmósfera producto de la estabilidad y reposo de las cosas: costumbres formadas, orden político.

Para emprender un viaje un santiaguino consultaba a toda su familia pues un viaje era un acto trascendente de resultado incógnito; era necesario, por lo tanto, pesar el pro y el contra durante un largo tiempo. La realización de un negocio desconocido significa también meses de grave preocupación. Si el negocio aquél no se había realizado antes muchas veces era sospechoso a primera vista y se desistiría de él.

La mayoría de los menesteres corrientes no estaban industrializados y por eso mismo no tenían precio: quien necesitaba un caballo lo pedía prestado; los huevos, por lo general, se regalaban; un mensajero llevaba un mensaje «por servicio».

Existía la costumbre de hacer encargos. Quien iba a la ciudad, los que venían del puerto de Valparaíso estaban llenos de recados por eso que transmitían de buena voluntad. Los remedios—caseros en su mayoría—estaban a la disposición de los necesitados. ¿Quién se negaría a aliviar una enfermedad pudiendo hacerlo?

Las mujeres tenían la obligación de ser buenas, todas, es decir, puras. Los hombres sólo se casaban con mujeres conocidas, si era posible parientes. La significación matrimonial, esa zona borrosa que rodea la corona nupcial presentaba a la mujer como un ángel, vestida con una túnica celeste, con una cinta en los cabellos, las regordetas mejillas rosadas, la boca infantil y un indescriptible aire de bobería en general. Sus senos formaban una dulce eminencia indivisa llamada «el altarcito de la virgen». Sus sueños eran inmaculados y cualquier sustantivo concreto la sonrojaba.

Un aire letárgico y blando crecía encima de la ciudad. Suenan un martillo a lo lejos, trae el viento una voz, están construyendo una casa que se terminará el año que viene. El viento que sopla al atardecer por encima de la encendida cordillera traía en sus ráfagas las miasmas de los perros muertos que se pudrían en el callejón de San Antonio.

De esta ciudad patriarcal circundada de égloga había salido Vicuña Mackenna para llegar a San Francisco que en 1853 era la factoría más agitada, bulliciosa y extravagante del mundo. Todos los aventureros de las cinco partes del globo se habían dado cita allí: chinos, franceses, noruegos, dinamarqueses, alemanes, ingleses, españoles, mexicanos, chilenos, de todas las razas y todas las latitudes.

John Sutter había descubierto oro en el Sacramento en cantidades nunca vistas, y a esta voz imantada habían acudido hombres, jóvenes en su mayoría, desde todos los países del orbe.

Las pertenencias de oro eran la obsesión ambiente. La legalidad de una estaca, cuestión de tiros. Hombres que nunca se habían visto antes entre sí, formaban extrañas alianzas y partían misteriosamente al interior desapareciendo a veces para siempre. Un montón de huesos en la arena solía ser el epílogo de estas misteriosas desapariciones.

Alrededor de la preocupación aurífera se había formado una ciudad improvisada y violenta de recién llegados, en la que todos sus miembros estaban igualados por una ambición apenas contenida y pronta a largarse como una rienda tirante.

Los que no habían encontrado oro o no querían buscarlo, emprendían el primer negocio que les venía a manos, servían en cualquier menester, pues allí, en la tierra de la quimera del oro, todo tenía un alto precio, porque hasta el último individuo de la calle había ido a enriquecerse a corto plazo.

El dinero era el régimen, la moral, la teoría social de aquella colonia, dominando en todos los órdenes: entre desconocidos

pagar era el único antecedente insospechable. Como nadie tenía pasado ni se preocupaba mucho por el mañana se vivía al día, más aun, en el momento mismo.

Eran hombres de azar. Lo que la suerte quisiera, y así es como se jugaba locamente en todas partes y a todas horas. El oro en pepitas fruto de largos días de trabajo en los lejanos lavaderos, salía de los cinturones mineros para ir a perderse en las mesas de juego. Se jugaban casas, herencias, mujeres. Y los que se empobrecían de la noche a la mañana, apenas un poco más rápidamente de lo que se habían enriquecido, comenzaban de nuevo a trabajar furiosamente al día siguiente, en lo que fuera.

Porque, eso sí, había un impulso colectivo de afán utilitario que rendía una alta potencia. Nada podía contra los hechos, nada debía oponerse a los hechos mismos. Se construía en un abrir y cerrar de ojos; en una semana estaba hecha una casa. Si la casa no se terminaba luego nadie estaba seguro de que pronto sirviese para nada y esta ruda cohesión del tiempo con los actos establecía un régimen duro, incoherente, que espantaba el sueño y obligaba a caminar de prisa con los ojos abiertos.

La ciudad entera está construida de madera. Más que casas se trata de simples galpones destinados a diversos usos: habitaciones, restaurantes, bodegas, teatros y casas de juego. Se nota una agitación inusitada en la bahía llena de barcos de todas partes que indirectamente desembarcan en muelles improvisados contruidos de estacas metidas en el fango.

Al olor descompuesto de la resaca se mezcla el olor a pino cortado de las edificaciones del puerto. Las mareas avanzan una gran extensión hacia el interior de los muelles y luego se retiran muy adentro. La ciudad entonces, ha bajado hasta ese fangal arenoso y allí comienza haciendo una vida doble, de mar y tierra, en algunos buques varados que sirven de casas de habitación. Los muelles, los postes, los tabiques, son de pino oregón cortado más allá de las dunas y traído en grandes balsas por el río. El aroma fresco de pino labrado llena el ámbito de un zumo penetrante que se mete por la nariz.

Cuando sube el mar los buques varados y los anchos lanchones donde vive esa población heterogénea del puerto quedan rodeados de agua lo mismo que las calles del plan y los patios de las casas. Por las callejuelas que vienen desde las colinas desemboca un tráfico febril desde las primeras horas de la mañana. Se habla a gritos en la calle para hacerse entender. Todo el mundo conversa con todo el mundo y se transmite noticias de interés general: las últimas voces que corren sobre el oro, la ganancia fabulosa de los jugadores, los negocios recién inventados o puestos en boga. Un eco hiperbólico de los ruidos se propala constantemente por la población. Una noticia supera a otra, la cifra de hoy es más grande que la de ayer para



bien o para mal, ya se trate de las posibilidades de riqueza que todos buscan o de los fracasos que todos temen. Están descargando en los muelles; se oyen las imprecaciones de los carretoneros que fustigan a sus caballos y el sonoro estremecimiento de los tablones que soportan malamente las grandes ruedas de los carros.

Nada más diferente de Santiago que San Francisco.

Vicuña Mackenna debe haber experimentado esta diferencia a la primera ojeada cuando hubo de quedar solo en el muelle después de la brusca despedida del capitán del pailebot.

En Santiago el paso de un extranjero era tema de conversación que duraba meses y años; hacía época, creaba vocablos nuevos que el tiempo legitimaba en el idioma, dejaba hechas frases que servían luego de locuciones corrientes, sus trajes eran imitados o ridiculizados, su apellido deformado y adoptado. En California todos eran extranjeros y prácticamente nadie tenía derecho a extrañarse de nada. El lugar en que se había instalado aquella gente era un sitio vacío cuatro años antes o no pasaba de ser una tranquila caleta de pescadores donde hoy surgía una tumultuosa ciudad, creciendo ante los ojos del viajero, día por día, hora por hora como un óvulo mirado al microscopio, como un fenómeno de la naturaleza.

A pesar de que había en San Francisco una numerosa colonia chilena que alcanzaba a 5 o 6 mil personas, Vicuña Mackenna apenas tenía conocidos entre ellas, de modo que era un extranjero como todos.

Se internó por la ciudad viendo modo de encontrar un hotel. Se sentía aturdido y asombrado de todo. La clase dominante entre tantos tipos y razas parecía ser la americana del norte. Eran hombres de gran estatura, camisas de lana vistosamente rayada, bota fuerte de minero y cinturón con pistolas. Hablaban un inglés incomprensible y rudo hecho de monosílabos, como el refunfuño de un pato: los yankees, ya lo sabía. A su lado, ¡qué pálidos se veían los chinos de camisola y coleta, qué pobres y estafalarios los irlandeses ataviados con los despojos de los lores ingleses: coleros abollados y levitas harapientas! En la puerta de una casa de alto dintel aparece bostezando un mexicano envuelto en su zarape de vivos colores con una guitarra debajo del brazo. En el modo de hablar cantado de una gente que pasaban reconoció a los chilenos. Todas las razas se habían dado cita allí con sus costumbres características, su color continental, sus vestidos de carnaval.

Se instaló en un hotel de segunda clase del alto y empezó a ocuparse del asunto de la harina que sería lo que produciría el dinero con que costearía su viaje por el mundo, preocupaciones éstas que ocuparon la mayor parte de su tiempo durante el mes cumplido que tuvo que permanecer en San Francisco.

Desde la ventana de su habitación se veía el ajeteo de la

bahía, todo un hormiguero humano que pululaba allá abajo. ¡Qué vida más extraordinaria de un pueblo! ¡Qué agitación populosa! ¡Qué ruido! Desde allí se abarcaba San Francisco hasta sus últimos límites. Asomado a esa ventana muchas veces comparó, sin duda, la realidad viviente que tenía ante sus ojos con sus ideas y el recuerdo de su patria. Algo había que no calzaba entre las dos cosas, algo se escurría y no ajustaba bien en su mente todavía.

Desde luego se trataba de dos velocidades distintas, era evidente. Chile era lento y uniforme, como en las formas naturales un misterio envolvía su desarrollo, crecía pero no se le veía crecer, como una fruta en el árbol maduraba al sol, juntaba sus fuerzas con cuidado, sacando sus jugos a través de capas escondidas y sólo con el tiempo se vería hincharse su cáscara y transitar por ella con lentitud de aceite colores estivales. Aquella ciudad, en cambio, llevaba una rapidez que mareaba.

Si Vicuña Mackenna hubiese vivido en estos tiempos del cinematógrafo hubiera podido decir que Santiago de Chile era la película ralenti y San Francisco, en cambio, la cinta cortada que se pasa a toda carrera, donde los actores se mueven en forma mecánica, caminan grandes espacios con sólo dos actitudes—todo esto muy rápido—, agitan los brazos y desaparecen.

Sí, San Francisco era la película cortada. Todo iba a la carrera economizando el tiempo: los carros arrastrados por enormes caballos frisonos, los jornaleros en el puerto, los vehículos de los yankees que pasaban al galope por la villa. En todo se ganaba tiempo, siempre tiempo. La gente se abría camino a codazos en las aglomeraciones. Las mercaderías de los barcos se descargaban por medio de grúas que movían sus ágiles cuellos de lagartijas a todo lo largo del estuario, depositando bultos a un lado y a otro. Las noticias se transmitían por telégrafo; sobre las colinas hacia comarcas lejanas se destacaban los postes interlineados. Este era el progreso que tanto le había seducido en su concepción de una sociedad nueva organizada conforme a las creaciones de la razón. Allí piteaba, rechinaba, bullía a sus pies como una bestia enferma hasta más allá de las dunas.

Frente a la realidad su corazón liberal incubado en una ex-colonia española sentía que algo faltaba a esta representación del progreso, para su gusto. ¿Qué era ello? No podía precisararlo de buenas a primera. Lo sentía, eso sí, pero su revelación necesitaba un procedimiento que no le era posible anticipar. El negativo de su sensación estaba hecho de algo descarnado, rodeado de zonas amargas. ¡Cuántas veces frente a su ventana de hotel pensó en desentrañar el sentido de su disconformidad! Evidentemente faltaba algo entremedio a esta vida tan agitada.

¿Le faltaba un alma? Siempre había de caer en su palabra favorita. El alma. El alma. Algo psíquico en todo caso, la parábola formal, una sustancia que debe llenar los intersticios de la vida concreta. En el fondo echaba de menos la cortesía, la buena voluntad, la gratitud, la simpatía, la delicadeza que se emplean en las relaciones inmediatas, es decir los sentimientos intermedios que constituyen el matiz de la vida, ¡ay! lo único que la ennoblece y hace digna de ser vivida. Faltaba también la piedad, la fe en el espíritu, en el ideal. Verdaderamente, ¿era posible vivir así? Aquello no era más que una factoría, y una factoría era el pórtico por donde él entraba al gran mundo civilizado.

Una de las cosas que más lo horrorizó en San Francisco y le siguió causando horror durante toda su vida, fué el negocio de pompas fúnebres que allí encontró industrializado por primera vez. «Lo más original que yo ví, dice, fué una tienda de ataúdes de todas medidas que se vendían como zapatos de todos puntos y precios, por mayor y menor, al contado y a plazo.»

¡Igual que zapatos se vendían los ataúdes! ¡Había gente capaz de establecer un comercio de ataúdes! ¡Era posible esto, Dios mío! ¡Cabía horror semejante! Y ¿dónde estaba la piedad hacia los muertos? Y el respeto a la muerte, ¿dónde estaba?

«Era en California una cosa tan común el morir o ser muerto—añade con amargura—que ya la abundancia había hecho bueno este negocio con la parca.»

En su alma de español colonial no cabía una especulación de esta especie que hería sus sentimientos más profundos. En Chile el servicio funerario era asunto religioso y estaba a cargo de las iglesias. ¡Los muertos todavía eran sagrados! Al morir doblaban las campanas parroquiales y las gentes se santiguaban en medio de la calle. Era el espíritu que se desprendía de la materia y volaba hacia lo desconocido. Los católicos representan el espíritu divino en forma de paloma. Algo salía del cuerpo percedero cuando éste dejaba de ser y tornaba al espacio infinito.

Por los muertos había siempre oraciones y lamentos. Se les ponía mortajas que consistían, generalmente, en trajes talares con capucha pertenecientes a la congregación religiosa a cargo de la parroquia del distrito: dominicos, agustinos, franciscanos, mercedarios. Es decir se vestía al difunto, desde luego, de fantasma. Vestidos de esta manera, con capucha calada y traje de fraile, con el rostro incompleto color de ceniza y verde azafrán, los difuntos se paseaban en la noche colonial con una extraña luz alrededor de la cabeza. Todos nuestros abuelos vieron estos fantasmas salir de un pórtico, caminar largo trecho y desaparecer a través de una empalizada como una nube fluída levemente fosfórica. Los vieron porque creían en la vida inmortal y en la supervivencia del espíritu.

En California no había aparecidos y un muerto a lo sumo era objeto de risa como materia ridícula y anónima, cuando no de cálculos para hacer negocios como el de los ataúdes, u ocupar su empleo, si lo tenía.

«Una mañana—cuenta Vicuña Mackenna—me llamó la atención un grupo bullicioso que se había formado en uno de los muelles; todos reían y pasaban, me acerqué también y ví flotando en el agua un individuo ahogado, vestido todavía y amarrado con una sogá por el pescuezo. En San Francisco un hombre ganaba al día 4 pesos, pero como muerto no ganaba nada, ya no valía tampoco como hombre; no era hombre ya.» Posiblemente este ahogado se había suicidado. Suicidios, asesinatos, naufragios, decesos ocasionados por el hambre eran las formas más corrientes de morir en la tierra del oro.

Caminando hacia el pueblecito de Misiones, a una legua de distancia del San Francisco de aquel entonces, sobre unas colinas arenosas desde donde se dominaba toda la bahía, bajo un bosquecillo de arbustos estaba el cementerio.

Vicuña Mackenna paseó melancólicamente más de una vez por este paraje pensando que la historia de San Francisco estaba escrita por el sepulturero en aquella colina. Varios centenares de tumbas cavadas en desorden lo estaban diciendo. La mayoría de las lápidas de madera sustentaban epitafios terribles. Las frases piadosas eran escasas; en cambio abundaban las inscripciones que hacían constar los crímenes y anunciaban las venganzas de los parientes de los muertos. La mayoría de los sepultados eran hombres jóvenes—entre 20 y 30 años—que, en aquel cementerio marítimo, frente a la amplia rada que forman el Pacífico y la desembocadura del Sacramento, terminaron inmolados una corta vida de aventuras. Con ellos quedaron allí enterrados sus sueños y ambiciones. Nunca más se oiría pronunciar su nombre en aquellas tierras extrañas para ellos, puesto que allí no nacieron, nadie los conocía, nadie los recordaría, sólo el destino quiso que allí vinieran a morir. Nadie vería tampoco surgir sus espectros desde su tumba porque reposan en la tierra de todos, pisada impacientemente por aventureros que no creen en los espectros. Morir en California era morir para siempre.

Ahora bien, si la muerte era sorda y definitiva en San Francisco, el amor era urgente y carecía de adornos y preámbulos. Lo uno va con lo otro. La muerte y el amor se corresponden en sus formas esenciales. A la muerte ideal del catolicismo chileno correspondía el amor ideal, y así es cómo el hombre siente de súbito, como una inspiración, que su vida toda depende de una mujer determinada y a ella dedica entonces todos sus pensamientos. Le hace la corte, para lo cual se enaltece a sí mismo tratando de merecerla con actitudes caballerescas: el matrimonio ante el altar es el final del idilio.

A la muerte material de California tenía que correspon-



derle también el amor material. Los buscadores de oro iban a buscar a las mujeres en las casas de juego, sin pérdida de tiempo, impelidos por la escueta necesidad física, o las comprometían en la calle sin elegir las demasiado. En San Francisco hubo remates de mujeres en la plaza pública. Un hombre en mangas de camisa, con cara de mayoral de esclavos, cigarro en la comisura de los labios, subido sobre un tablado, iba señalando a las bellezas que se iban a adjudicar al mejor postor: rubias o morenas, jóvenes o maduras, según el precio. Los mineros con el dinero en las manos las miran y escogen a su gusto. Las mujeres rien y hacen monerías viendo modo de hacer subir el precio entre los interesados. ¿Para qué gastar tiempo en enamorarlas? ¿Para qué engañarse a sí mismos con el amor si a un aventurero en su aventura lo que le corresponde es una aventurera?

La población femenina era tan escasa que la vista de una mujer parecía inverosímil. Cuentan gentes de la época que cuando pasaba una mujer por una calle todo el comercio se paralizaba y los hombres la seguían con los sombreros en la mano como si se tratase de una aparición celestial. Así, pues,

#### SE NECESITA UNA MUJER

era el slogan del amor californiense. Para la necesidad no hay selección. Un hambriento no tiene derecho a regodearse; come lo que le dan antes de morir de inanición y siempre encuentra bueno lo que le dan. Para él no hay pan duro, como dice el adagio.

Vicuña Mackenna pudo ver que así como se comerciaba con los muertos se comerciaba también con el amor. Llegó por aquellos días al puerto un buque con sesenta francesas emigrantes que sin haber pagado su pasaje venían consignadas por la Compañía naviera a San Francisco, en espera de que en América encontrarían quienes las rescatasen mediante el pago debido a la firma de transporte. O sea, que quien se interesase por una mujer de aquel barco no tenía más que pagar su pasaje y llevársela. Parece que se pusieron anuncios explicando este negocio en los muelles, y al día siguiente no quedaba ya una sola pasajera a bordo. . .

Era el San Francisco de 1853. Su fisonomía era una silueta con brucas entradas y huecos, provenientes más bien de lo que faltaba que de lo que sobraba. Sin embargo, en esta sociedad primitiva organizada de manera tan espontánea había muchas cosas que empezaron a funcionar de un modo absolutamente inédito para la civilización de occidente.

La necesidad tiene cara de hereje, decían antiguamente, y así es. Tiene cara de hereje porque nos obliga a resolver nuestros problemas, a veces, en contra de nuestras más caras convicciones. Mucho de esto era lo que ocurría en San Fran-

cisco. Allí no había tradiciones locales empedernidas, no se chocaba para nada con modos sociales sancionados por el uso, todo era improvisado desde los mismos habitantes para arriba. Cualquier salida era buena, por lo tanto, para solucionar una dificultad.

En San Francisco se utilizaron los procedimientos de la mecánica a vapor como en ninguna otra parte del mundo en su época. La industria de los ataúdes que tanto impresionó a nuestro viajero, se ejerce hoy día en todo el mundo y nadie se extraña de que el servicio funerario lo hagan las empresas comerciales llamadas de pompas fúnebres. Y es que la iniciativa privada en los negocios adquirió aquí un desarrollo inusitado sin impedimentos de ninguna especie, y sólo con vistas al interés y sobre todo el lucro personal.

Esto es lo que de golpe horrorizaba al gran escritor chileno, quien sentía con espanto que ello llevaba hacia lo monstruoso, que el progreso material sin estar subordinado a altas necesidades espirituales de orden social, tenía forzosamente que convertirse en un régimen de barbarie que terminaría por devorar los bienes inapreciables de la cultura. Hoy día la sociedad moderna en el borde mismo del abismo intuido por Vicuña Mackenna quiere poner un límite a la iniciativa privada concertada con el materialismo, y de eso sufre.

Vicuña Mackenna amaba, sin embargo, el progreso como el que más. Su estructura intelectual provenía de los enciclopedistas del siglo XVIII. Pero él concebía el progreso como una realidad idealizada en la que todos los medios creados por la ciencia se ponían al servicio de la felicidad humana. Este es el ideal romántico. Víctor Hugo dice: «Los enciclopedistas con Diderot a la cabeza, los fisiócratas con Turgot a la cabeza; los filósofos con Voltaire a la cabeza; los utopistas con Rousseau a la cabeza, son las cuatro legiones sagradas a las que debe la humanidad su inmenso avance hacia la luz.» «Son las cuatro vanguardias del género humano en dirección a los cuatro puntos cardinales del progreso: Diderot hacia todo lo bello, Turgot hacia lo útil, Voltaire hacia lo verdadero, Rousseau hacia lo justo.» El progreso es la luz, pero al mismo tiempo es la belleza, la utilidad y la justicia. Antes que nada es la felicidad humana y a ella debe estar subordinado en rigor.

Ahora bien, el progreso tal como lo veía realizarse en San Francisco él sentía que no podía tender hacia la felicidad humana. No estaba al servicio del bienestar colectivo, no servía la equidad social, no era su ley el respeto mutuo, ni su obligatoriedad la previsión. El medio no ejercía control alguno sobre los apetitos desenfadados que se recreaban en aquel progreso como en su ambiente propicio. La lucha por la vida era allí más cruel que en ninguna parte. Nada evitaba el odio, nada exaltaba la virtud. Veía en cambio, los corazones llenos de bruma y de ignorancia impura.

El siglo XIX creía que el progreso haría la felicidad humana y Vicuña Mackenna perteneció a su tiempo como ningún otro chileno; amaba por lo tanto esa creencia con toda esa pasión fundida en sangre palpitante con que amó las altas cosas. De aquí su perplejidad y su incertidumbre. No quería dudar del progreso porque eso significaba la defección de su más querido ideal. ¿Cómo podía traicionarse hasta ese punto? No, no era posible. San Francisco era una factoría superpoblada de aventureros que de ningún modo representaba a la civilización siendo insensato buscar en ella los elementos de la república platónica.

No era aquello siquiera una ciudad. El año 1853 no había ninguna iglesia en San Francisco, «excepto tal vez una capilla protestante, techada de tablas y que, como avergonzada, yacía en un barrio aparte.» Ahora, una iglesia es la base de una ciudad española, es más, no es posible concebir una ciudad sin una iglesia. El alarife de los conquistadores diseñaba antes que nada el rectángulo en que se edificaría la casa de Dios; cerca de la iglesia se levantaba la horca: la justicia humana y la justicia divina. Alrededor de estos dos símbolos sí que podía constituirse una ciudad. Pero primero había que edificar la casa sagrada construyéndola en lo posible de materia durable, de donde resulta que para levantar una iglesia hay que tener fé religiosa y tiempo para construirla: en San Francisco faltaba lo uno y lo otro y por lo tanto no había iglesia.

He dicho que la estructura intelectual de Vicuña Mackenna provenía de los enciclopedistas del siglo XVIII, o sea, creía en Dios, en la libertad, y en la inmortalidad. Por inclinación natural era un enamorado de las ideas generosas, de las grandes ideas. Dios, concebido como el Ser Supremo, explicación última de todo lo creado, del pasado, el presente y lo venidero, como padre de la vida infinita representa el ideal de toda perfección. Es cierto que detestaba el oscurantismo sectario de la religión católica y contra eso había luchado desde los tiempos del dean Meneses. Pero, amaba la idea filosófica de Dios. En su viaje de tres años por América del Norte y Europa a mediados del siglo pasado una de sus preocupaciones fué siempre visitar las iglesias donde llegaba como un medio de auscultar la salud espiritual de los pueblos. Con un criterio racionalista puro quería ver en la importancia que se concedía al culto religioso y en la forma cómo éste se practicaba un reflejo del alma colectiva.

En algunos pueblos la religión puede confundirse con el mito y la superstición, ser aristocrática o popular, de liturgia complicada o ingenuo ceremonial y todo ello influía en el conocimiento del alma colectiva.

Las construcciones monumentales de los grandes templos lo impresionaban por su grandeza porque creía que el hombre que tenía una alta idea de Dios, era porque él mismo era

superior, y esa superioridad se manifestaba desde luego en el culto. Sin embargo, prefería la grandeza severa; le gusta más, por ejemplo, la catedral de Puebla de Los Angeles que la de México, pues la catedral de Puebla de Los Angeles «es un templo verdaderamente noble y completo en su construcción sin la suntuosidad ni los mamarrachos de la de México».

Por tradición de familia era católico y no lo olvidaba. Lo que más lo impresiona en su visita al Vaticano, más tarde, no es San Pedro, ni las grandes basílicas sino unas pequeñas reliquias que le muestran en la Biblioteca del palacio papal pertenecientes a los primeros cristianos: el caliz de piedra de la consagración divina, las primeras cruces de la fé, toscamente labradas, en una palabra «los primeros recuerdos del martirio», como dice con su elocuencia romántica. En esta oportunidad hablando de la religión que profesa exclama con pasión: «Por qué, ¡ay! no son tan puros como su cuna todos los días de su existencia al través de los siglos que le sucedieron y el nuestro propio, en que el abuso, la discordia, el fanatismo, las pasiones más sangrientas la han ultrajado haciéndola su símbolo!..»

Era natural, pues, que en San Francisco lo primero que notara fuera la ausencia de una iglesia. Para él esto adquiría un significado especial en aquellas tierras cuya agitada vida lo llenaba de perplejidad y sombríos pensamientos.

Desde su lejano país había emprendido un viaje que debía conducirlo a la civilización y él llevaba dentro de sí esta ilusión como algo frágil a cuya existencia estuvieran ligados íntimos atributos de su ser, y que, por lo tanto, quería conservar intacto hasta el fin. ¡La ilusión de la civilización! Había empujado mal su camino, ahora lo comprendía bien. La ilusión de la civilización en San Francisco no podía vivir, se desmoronaba, palidecía ásperamente convirtiéndose en arcilla.

San Francisco no tenía iglesias pero estaba llena, en cambio, de casas de juego en pleno centro de la población. La Bella Unión, El Dorado, La Polka, eran salones mágicos que hervían de gente por las noches. Allí llegaban los mineros a jugar su oro a las cartas o a la ruleta. Se contaba en la ciudad que estas casas de juego tenían hasta campanas con sonidos especiales que tocaban para atraer a los jugadores. Mujeres semidesnudas cobraban y pagaban en las mesas. Las películas actuales, a menudo, representan escenas típicas del San Francisco de aquel entonces.

Vicuña Mackenna gustaba del teatro, pero del teatro trágico y la ópera de gran representación, un teatro que contenía un mundo de grandes dimensiones habitado por seres exorbitantes o semidioses como convenía a su concepto de la vida orquestado y grandilocuente. El teatro de Otelo y El Moro de Venecia.

Había en California 9 salas de espectáculos: teatro italiano,



teatro francés, teatro chino, etc., pero en ellos el gran chileno no encontró lo que buscaba. Faltaban, para su gusto, probablemente escotes, pecheras blancas, luces y refinamientos como se describían en las novelas de Dumas o Nodier. En cambio sucedían otras cosas: «Un domingo por la noche asistí al teatro francés, cuenta, y por un triz no tuvimos barricadas. Era el caso de una Mademoiselle Nelson, la Rachel de San Francisco, favorita del público, pero no así de la empresa que quería despedirla. El público irritado pedía con furor la reaparición de Mademoiselle Nelson; la empresa se negaba, iba ya a empezar un Trafalgar de silletazos en honor de Mademoiselle Nelson, cuando una voz inspirada exclamó desde la cazuela: la Marsellaise, citoyens! La orquesta entonó el himno y los dos bandos se reconciliaron como verdaderos enfants de la patrie.

»Otro espectáculo peculiar en San Francisco— cuenta también—era el que ofrecía una de esas compañías de cantores y músicos callejeros. Se presentan disfrazados de negros, y en la imitación de estos está el primor de su arte. Yo ví, por ejemplo, una parodia de Julieta y Romeo, dice. La heroína era un hombre disfrazado de negro y Romeo otro fascico; cantaban con todo acorde el dúo. Al fin y en la parte más patética del éxtasis amoroso, Julieta daba un feroz puntapié a Romeo y éste respondía con un rebuzno. Estas originalidades, añade, son muy del gusto de los americanos.»

Al leer esta reflexión uno siente que Vicuña es el civilizado en un mundo de bárbaros. Claro está que no podía, razonablemente, ir a buscar a San Francisco, ciudad improvisada de mineros, la civilización, cuya ilusión había depositado en su alma. Pero es evidente también que San Francisco por su organización social excepcional, reunía desde luego las principales características de la civilización que en realidad encontró después: carencia de fe religiosa, libertad de costumbres, agitación de la vida, materialismo. Como en el San Francisco de aquel entonces, en todo el mundo occidental más tarde, las exigencias materiales harían que se abandonasen las bellas maneras que nos había legado el siglo XVIII y se relajasen los nobles sentimientos.

De modo que cuando el escritor chileno pone mal gesto a aquel espectáculo lo hace con el derecho que le confiere su refinamiento espiritual.

Julieta y Romeo era el drama amoroso que había conmovido su corazón en su cercana y florida adolescencia, era la música de Bellini y la poesía mismas adheridos al drama de los amantes de Verona. Todo ello formaba parte de su contextura emocional y se identificaba por entero consigo mismo. Una parodia para vaqueros de esta obra clásica de la literatura no podía sino ofender sus sentimientos cultivados. Y no hay que olvidar que el teatro, a mediados del siglo pasado for-

maba parte todavía del alimento cultural de las generaciones que aprendían en sus representaciones las formas estilizadas del vivir cotidiano. Julieta y Romeo, pues, más que una pieza teatral para él, era una impresión directa que figuraba entre sus recuerdos más sensibles.

Prueba de ello es que pasando por Italia, más tarde, cuando llegó a Verona, entró a la ciudad con la disposición del que llega a un teatro de gran mise en scene. No quiso ver ningún monumento público, no existiendo para él la historia militar o religiosa cuyos vestigios de piedra mostraban al viajero. Verona era sólo el escenario en que lucharon Güelfos y Gibelinos, en que el odio cruento de Montescos y Capuletos sacrificó la vida olorosa y floreal de Julieta, bienamada de Romeo, gallardo mancebo que por ella rindió su último aliento junto a su sepulcro.

Como en un fresco de Benozzo Gozzoli contempla la ciudad en escala desde los jardines del conte Justi con sus montículos, sus caminillos, sus masas de árboles estremecidos que se extienden sobre una suave colina, en cuya base corre el torrenoso Adigio, «mientras el pálido crepúsculo de la tarde la cubría con un velo de misterio, bello y sombrío.» Su sueño dorado ha cobrado de pronto una dulce realidad. Sólo falta que de pronto se oiga, detrás de los últimos planos de la ciudad, una música orquestal de violines italianos.

Podemos imaginarnos, pues, lo que significaría para él una burla de yankees a base del drama de Shakespeare. Sin embargo no hace ninguna reflexión amarga sobre el particular. «Estas originalidades—dice solamente—son muy del gusto de los americanos.»

Actitud poco corriente en Vicuña Mackenna cuya exhalación no tiene límites cuando pisa un terreno conocido dentro del repertorio de sus sentimientos. Pero hay que tomar en cuenta que ignora con exactitud de qué se trata en estas astrañadas americanas y una especie de pudor vela la manifestación de sus sentimientos. Entiende perfectamente el reconocimiento de la virtud, las reacciones del honor, la estimación de la belleza y la justicia, la espiritualidad de la inteligencia, pero, estas burlas grotescas que encontraba en los Estados Unidos no sabía cómo clasificarlas, de qué manera tomarlas en definitiva. Tenía ante sí el mundo extraño del viajero adelantado.

Y extraño, en verdad, era aquello, ajeno por completo a todo el arte del siglo XIX. Sin embargo, antes de cien años esta raíz cuyo prótalo tan humilde y primario encontrara en una calle de San Francisco, habría de producir el jazz ramificando frondosamente el arte moderno. El trastorno de la armonía, la ruptura cruel de la preceptiva consagrada, el retorcimiento expresivo y la libertad burlesca del tema estaban en germen pútrido en aquella parodia de Julieta y Romeo.

Pensándolo bien, la llegada de Vicuña Mackenna a San Francisco como primer punto de los países que iba a visitar puede considerarse como un designio muy significativo de su ruta. Nada chocaría con más fuerza sus convicciones fundamentales acerca de la vida, pero, también, nada podía enseñarle más sobre el mundo desconocido. San Francisco dió un manotazo violento a todas sus emperifolladas ilusiones y este era un buen prólogo a la travesía llena de accidentes que había emprendido.

La importancia radical del dinero es lo primero que abarcó de una mirada. Sin dinero no era posible vivir contento, es más, todos los móviles de la existencia moderna estaban orientados hacia la obtención ilimitada de la riqueza. La pobreza ideal de los románticos había entrado a un perentorio crepúsculo del que ya no volvería a salir más, la pobreza ideal, esa música celeste que había arrullado sus sueños de libertad individual, no era más que una dulce mentira que al menor contacto con la realidad se deshacía dolorosamente entre los dedos. La vida tenía exigencias fatídicas que no se podían satisfacer con razonamientos engañosos ni con sustitutos del espíritu. Las necesidades vitales sólo se satisfacían en su cumplimiento natural.

Verdad inconcusa, si se quiere, porque es obvia, pero sucede que nuestro viajero chileno pensaba por primera vez en ella.

De un país de escasa población, de régimen patriarcal, había pasado de pronto a un centro superpoblado de régimen exclusivamente económico. En Chile se podía vivir dentro de las ideas filosóficas porque se estaba a cubierto de las contingencias de orden económico, tanto más cuanto que nuestro viajero pertenecía a la clase dominante dueña de grandes extensiones de tierra cultivada y cultivable. El ideal podía sostenerse aquí en medio de una paz imperturbable propicia sobre todo a las ideologías de origen reflejo.

Los postulados filosóficos que producía la experiencia europea, de cualquier clase que fuesen encontraban partidarios en estas tierras plácidas de América, cuyo proceso se desarrollaba en una especie de vacaciones históricas, por lo menos en una atmósfera de week-end. ¿Qué compromisos prácticos podía haber en la sustentación de determinadas doctrinas? Porque aquí las ideas aun se sustentaban como acto voluntario, hay que consignarlo. Eran en parte muy mínima intervención exigida de la elaboración nacional, las clases sociales no existían como demarcación de intereses opuestos. Quienes percibían los problemas de orden político era siempre una clase ilustrada y superior que sustentaba en forma deportiva las diferentes doctrinas de partido. Estábamos aun en la época cabaleresca.

En el orden práctico la política—eminentemente sud-

americana—era una lucha de caudillos, de O'Higgins contra Freire, Montt contra de la Cruz, etc., pero, más o menos, todo se pasaba entre la clase dominante. Incluso los sucesos ocurrían entre familias emparentadas por vínculos de sangre que se repetían hasta el infinito.

De esta manera un chileno perteneciente a la clase superior, siendo rico, bien podía permitirse pensar en la pobreza ideal como un estado de perfección, pues se trataba de algo no sufrido sino escogido en la libertad graciosa del espíritu. Es lógico también que prefiriese la belleza a la utilidad, puesto que ignoraba la utilidad de las cosas indispensables en comparación con la belleza de las cosas innecesarias. Si este chileno fuese intelectual preferiría, indudablemente, la justicia a los intereses creados, ya que la justicia era una diosa clásica con escultura propia, inspiradora de los héroes y cantada por los poetas, en tanto que los intereses creados si no constituían un baldón de advenedizos en todo caso eran una preocupación impropia de caballeros.

Y Vicuña Mackenna era de esta clase superior, y, chileno de excepción cultivaba todas estas preferencias subjetivas en tal grado generoso que las había incorporado a sí mismo como una línea inflexible de conducta. ¿Cómo no había de resistir, pues, a ese mundo desconocido que echaba por tierra, poseído de furor, lo que él mismo le había enseñado a amar?

En este viaje comenzado por California, nuestro viajero recorrió los principales países de América y Europa, 11,262 leguas por mar y tierra; vió los comienzos de la prosperidad americana, la gran miseria de las clases inferiores de Londres—de ningún modo comparable a la plácida y católica pobreza chilena de entonces—junto a la riqueza suntuosa, la tiranía napoleónica en Francia, patria de la libertad, los campos devastados por la guerra en Italia. En todas partes desequilibrio en los productos de la cultura. Pobreza y riqueza, injusticia social, decadencia de los valores morales. En Roma misma se especulaba con las reliquias cristianas. Mientras América del Norte empollaba la prosperidad material, Europa estaba en descomposición en todos los sentidos.

La civilización, tal como él la concebía, sólo seguía existiendo dentro de sí, como una ilusión.







CeDInCI

CeDInCl